

M AURICIO *d* EL *C* AMPO



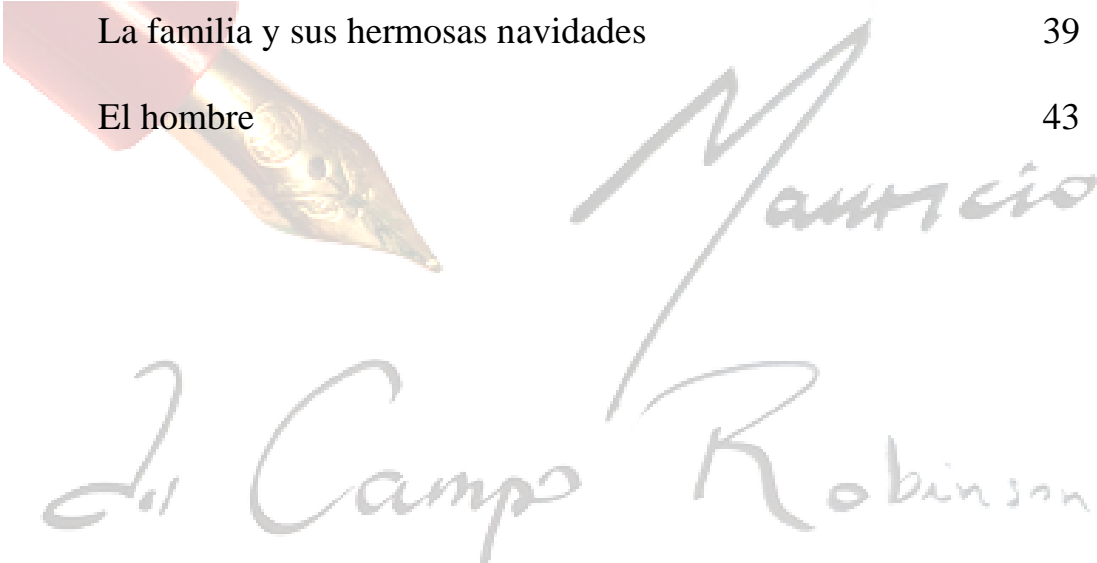
Cuentos I



Mauricio
Del Camp Robinson

ÍNDICE

Una historia de amores	5
La generación privilegiada	17
El tío Gabriel	23
Ella y él	31
La familia y sus hermosas navidades	39
El hombre	43





Mauricio
Del Camp Robinson

UNA HISTORIA DE AMORES



Mauricio
Del Camp Robinson

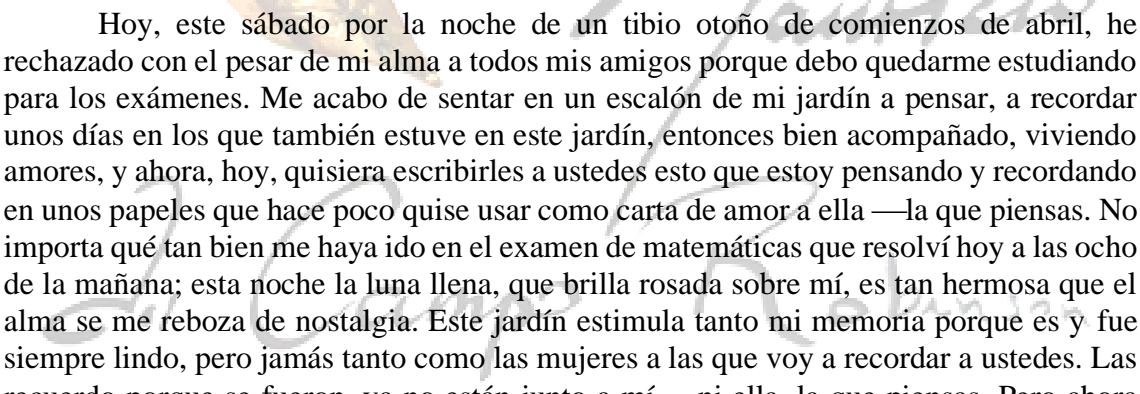


Mauricio
Del Camp Robinson

UNA HISTORIA DE AMORES

*A Lucía
y
a ella, la que piensas*

*«No hay nada más bello que lo que nunca he tenido,
nada más amado que lo que perdí»
JOAN MANUEL SERRAT (Lucía)*



Hoy, este sábado por la noche de un tibio otoño de comienzos de abril, he rechazado con el pesar de mi alma a todos mis amigos porque debo quedarme estudiando para los exámenes. Me acabo de sentar en un escalón de mi jardín a pensar, a recordar unos días en los que también estuve en este jardín, entonces bien acompañado, viviendo amores, y ahora, hoy, quisiera escribirles a ustedes esto que estoy pensando y recordando en unos papeles que hace poco quise usar como carta de amor a ella —la que piensas. No importa qué tan bien me haya ido en el examen de matemáticas que resolví hoy a las ocho de la mañana; esta noche la luna llena, que brilla rosada sobre mí, es tan hermosa que el alma se me reboza de nostalgia. Este jardín estimula tanto mi memoria porque es y fue siempre lindo, pero jamás tanto como las mujeres a las que voy a recordar a ustedes. Las recuerdo porque se fueron, ya no están junto a mí —ni ella, la que piensas. Pero ahora que la pienso bien, no serían tan hermosas si estuvieran aquí conmigo porque los sentimientos tienen que tener algo de tristeza para que sean realmente bellos y este mi sentimiento es bello. Yo, ahora que estoy aquí solo, puedo decir que efectivamente nacimos solos y nos moriremos solos. No es que quiera morir —por la que piensas— sino que creo que el cielo se debe parecer mucho a este jardín. Este jardín, este pasto verde algo mojado; que empieza con el final de esta piscina perpendicularmente larga, soberbia, iluminada por una luz degradé de rubia a celeste a azul; y que termina en un desnivel que deja claramente ver en el horizonte todas las trémulas luces de la gran ciudad. Porque mi casa queda arriba en la colina del cerro Casuarinas, dentro del vecindario más exclusivo de Lima, con casas enormes, carros caros, interiores lujosos y jardines hermosos. En este horizonte puedo ver toda esta ciudad, veo hasta el mar. A mi derecha, veo a lo lejos el muro que me separa de la casa de mi vecino, un exitoso hombre de empresas, que tiene unos hijos mucho más grandes que yo. De estos muros cuelgan unas enredaderas con flores blancas y amarillas de las que brotan hacia toda la casa unas fragancias exquisitas. A la izquierda están los baños turcos con las duchas españolas, el jacuzzi y los saunas, en donde nos encerrábamos a sudar por largos ratos; pero hacia el fondo, en la esquina con el horizonte está el gran ficus en donde me trepaba de niño a unas tablas que según mi

papá eran la casita encima del árbol. Allí en la casita del árbol miraba con un telescopio de alcance espectacular a toda esta Lima; veía a gente, trabajando en oficinas de empresas en sus edificios grandes; los veía caminando por las calles de Miraflores o por algún parque; de noche los veía caminando por bulevares de Barranco o bailando en alguna fiesta; los veía comiendo en la cocina de su casa; hasta veía dentro de sus dormitorios cuando caminaban por allí probándose algún vestido o cambiándose de sostén; pero el cerro de mi vecindario no me permitía ver el centro de Lima con su pobreza y su palacio de gobierno. También recuerdo que allí me ponía a pensar en quién sería yo de grande, sí, pensaba: “cuando sea grande”. En este jardín hay flores por donde se mire, florcitas de todos los colores, rosas, violetas, margaritas, floripondios y hasta laureles. En la esquina derecha hay otro árbol, uno mágico que parece salido de una leyenda mitológica, del que cuelgan nobles hojas amarillas con flores blancas con morado en el interior, en el que de día vuelan mariposas technicolor y de noche los picaflores se cobijan en un pequeño nido que han construido allí. A veces la vida es bella y yo la vivo así hoy aquí.

Mi primer amor se llamó Lucía, Lucía du Pont. La recuerdo en este jardín, sentada junto a mí en este mismo escalón. Mis papás son amigos de sus papás y así es como estuvo junto a mí desde que tengo uso de razón, por un vínculo familiar. Estábamos en el mismo nido, nos sentábamos juntos a la misma mesita en la clase para atender a la profesora; en el recreo jugábamos cualquiera de todos los juegos que juegan dos niños de tres o cuatro años en un nido, eso después de que yo le convidara mi gaseosa, ella me convidara sus galletas y compartiéramos las frutas, que traíamos en la lonchera. Luego de algunos años mi madre me iría a contar que yo asustaba a mi profesora de nido porque creía que yo era el anticristo, bonito, tierno e inocente pero capaz de escribir oraciones y resolver problemas que niños dos años mayores no podían. Alguna vez, al salir de clases yo y Lucía, nuestras mamás que nos venían a recoger, no sé cómo tocaron el tema de cuántos hijos deberían las familias tener; entonces Lucía dijo que cuando se case CONMIGO tendría tres hijitos; las mamitas se rieron consintiéndolo todo. Es algo simbólico y muy profundo escuchar de los labios de Lucía que si se casara sería conmigo y que tendríamos tres hijitos. Estoy seguro de que eso marcó mi vida. Otro curioso detalle es que cuando caminábamos, a veces me cogía de la mano. Ella desde muy niña hacía ballet. Una vez, un par de años después fui a verla bailar y me impresionó lo hermosa que podía ser Lucía bailando ligera y delicada, articulada y elástica, dulce y febril junto a sus amigas —también bonitas— con esas ropitas rosadas y ceñidas. Recuerdo que ese día, al despedirnos, me dio esta vez un beso en la boca, inocente y tierno, puro como el amor de dos niños que se quieren muchísimo y lo comparten todo, tanto que no buscan nada más que estar juntos siempre. Desde que nos despedíamos, solo pensábamos en volver a encontrarnos y seguir jugando con el columpio y el “sube y baja” de mi casa; con el perrito shitzu que se llamaba Sansy y hace poco murió; con mis muñecos y sus barbies; con mis caballos y sus ponies; construir casas y carros con los legos; jugar con las cartas o con el ajedrez que jugaban nuestros papás, aunque no tuviéramos idea de cómo se jugaban; sentarnos al piano a tocar algo o sino solo a hacer bulla con él; jugar a ensuciarnos la cara comiendo esas tortas de chocolate tan ricas —como en la foto— que nos hacía la empleada Doris tan buena que teníamos por ese entonces o mejor aún, simplemente conversar, contar historias de lo que vimos la otra vez en la calle o en la televisión, lo que dijeron o hicieron nuestros papás, lo que nos pasó en el colegio o, sí, lo recuerdo bien, hablar de lo que queríamos ser cuando fuésemos grandes. El tiempo, en efecto pasa, el nido se acabó y ya no la podía ver todos los días. Ella entró a un exclusivo colegio de monjas y de solo niñas, casi tan lindas como ella; yo a uno, también exclusivo, de británicos estrictos, intolerantes y violentos, con niños abusivos hacia con los más

débiles cuando en grupo, con niños de aquellos que resuelven sus problemas en peleas a puño limpio en el recreo o a la salida en el parque que, sin embargo, todo ese show promovido por los más listos, casi siempre terminaba con dos suspensiones de tres días al colegio muy humillantes (familiarmente) para los perjudicados porque claro, los profesores de alguna manera se enteraban, antes o después de que haya salpicado la sangre, y no solo los castigaban tres días, sino que los profesores también los fichaban como los rebeldes a los que les debían gritar y maltratar por no haber sabido comportarse como peruanos civilizados. Ese colegio era todo solamente de hombres valientes u oprimidos con, en raras excepciones, algunas profesoras. En secundaria tuve una profesora muy bonita, era un verdadero gusto verla y oír la dictar su clase de historia, recuerdo claramente a la Miss explicándome diligentemente en su inglés sofisticado algún detalle de lo que debía hacer, yo la ayudaba a que los demás alumnos no molestaran la clase con las típicas bromas que todos los días en todas las clases hacían, dependiendo del carácter del profesor que permitiese o no la insurrección, yo me esforzaba en ese curso y el cariño que nos sentíamos era grande. Yo aprendí muchísimo en ese colegio, de momentos agradables y también de desagradables, aprendí a pensar, estudiar, trabajar y luchar, porque la vida no es tan buena como lo son las monjas; allá afuera en las calles hay gente miserable y ruin, no todo es color de rosa. A veces la vida puede ser muy cruel y en la etapa del colegio me preparé para poder afrontarla así.

De cualquier manera, a Lucía la veía casi todos los fines de semana y entre otras cosas recuerdo que salíamos a jugar a este jardín. En realidad estos recuerdos son recuerdos que mi memoria recobra de otros recuerdos. Sin embargo, el patrón que lo hace todo más real es este jardín. Todo esto que vivíamos Lucía y yo era precioso, hasta que un buen día, con tan solo ocho años en mi haber, durante el almuerzo mi mamá me explicó que Lucía se iba a ir a vivir a España con su familia por negocios de su papá y que le íbamos a dar una despedida ese fin de semana. En ese momento yo no lo entendí porque era muy pequeño para entender lo que eso significaba, recién lo entendí de verdad cuando Lucía me lo explicó bien, porque claro, ella era la que lo iba a vivir en carne propia: se iba a ir a vivir bien lejos de casa para siempre y solo la podría ver, con suerte, una vez al año. Recuerdo bien una noche igual a esta, bajo esta misma luna llena, a la hora del adiós, nos levantamos de este mismo escalón, me abrazó fuerte y me dijo, susurrando al oído con una voz quebradiza en la garganta por la melancolía, *“Mauricio, te quiero mucho, me gustaría poder seguir viéndonos seguido y quedarme igual que siempre pero mis papás me llevan a vivir a España; yo les he dicho que prefiero quedarme a vivir contigo en tu casa con tus hermanas pero me han dicho que tengo que ir con ellos”*. Con su cabeza gacha vi que una dulce lágrima le rodaba por la mejilla para luego caer sobre el pasto y me puse triste por verla llorar, yo no quería verla triste, quería poder seguir jugando felices los dos para siempre. En un intento de alegrarla, le robé un beso en la boca pero fue peor, siguió con la cabeza gacha e incluso dio dos de esos ruiditos con la garganta que hacen las niñas cuando no pueden contener el llanto y se fue corriendo a la esquina del jardín a sentarse en el pasto; apoyada por el tronco del árbol mágico, con los brazos conteniendo las piernas dobladas, con la cabeza entre los brazos encima de las rodillas; para que no la viera llorar. Yo, muy conmovido, la miraba desde lejos y después de un buen rato así, se me volvió a acercar y me abrazó esta vez sutilmente con unas cuantas caricias. Desde ese momento, de manera inexplicable, me di cuenta de verdad cuánto amaba a Lucía. Luego su papá apareció, también con cara de preocupación, y finalmente; oh Lucía, un beso y un adiós. A veces la vida es triste y con Lucía por primera vez aprendí porqué.

Lucía, al comienzo, regresaba periódicamente casi todos los años, pero ya no era igual cuando éramos púberes, en esas etapas los chicos juegan solo con chicos y las chicas solo con chicas, a mí me salió acné en la cara, ella empezó a padecer por algún buen tiempo de anorexia, aunque seguía igual de linda, alta, con ese lacio pelo rubio, esos ojazos azules, esa carita angelical y ese cuerpo perfecto. En esos tiempos, viajamos a Europa y la visité, conocí su nueva casa y me di cuenta de que ya no había marcha atrás, ella nunca más regresaría. Los años pasaron, el planeta dio muchas vueltas y hace poco, luego de una larga ausencia, —a pesar de todo sigue siendo hace poco para mí— cuando ya teníamos dieciocho años, de pronto, un sábado por la noche de un otoño de abril, regresó. Al verla llegar del lado de sus padres mi corazón empezó a acelerarse intensamente de la emoción como golpeándome el pecho, mi estómago con cosquillas se retorció de los nervios y mi mente empezó también a acelerarse descontroladamente por mi inseguridad por la imagen que le causaría mi apariencia, mi nuevo peinado, mi ropa, si el perfume que exhalaba era el indicado hacia con mi personalidad, o más complicado aún, qué debía y no debía decir. La vi convertida en una mujer despampanante, maravillosamente hermosa y sin embargo, nos sentíamos como si fuésemos aún dos niños o mejor aún, dos amantes infantiles que a pesar de todo ya son grandes. Mi perrito Sansy nunca la olvidó, dentro de sí tenía esperanzas de volver a verla, le ladraba y movía la colita como agradeciéndole que haya regresado aunque sea después de tanto tiempo, aunque sea por poco tiempo. Mientras ahora está sonando la canción “Lucía” de Serrat por los parlantes de la terraza de este jardín les quisiera decir que, de pronto estábamos otra vez aquí en este mismo jardín sin tiempo y sin edad, sentados en este mismo escalón, solo que esta vez conversando, de manera inteligente, temas trascendentales en las vidas de dos jóvenes que no podían evitar decantar los versos que les nacen del corazón porque una mitad de cada uno de nuestros dos corazones se quedó aquí para formar otro corazón que late más intensamente en noches de luna rosa como la que aquel día nos iluminaba. Sentía tremendo placer con tan solo estar junto a ella, percibir ese su perfume tan exquisito y más aún cuando le miraba los labios tiernos cuando me hablaba así tan cerca de los míos o cuando le hablaba, ella mirándome fijamente a los ojos con esa sonrisa ancha tan agradable. Bueno, me contó que era feliz estudiando economía en una excelente universidad de Madrid y que sí, tenía un enamorado allí que se llamaba Gustavo; yo mientras, aquí igual de fracasado en el amor y con el futuro incierto porque me estaba yendo mal estudiando arquitectura en una universidad de las tantas. Éramos un hombre y una mujer que habíamos profetizado que nos iríamos a casar algún día —cuánto quisiera que ese algún día fuese en la tierra pero sino no importa, estoy seguro de que en el más allá todo se cumplirá— y sentíamos —ella me demostró que era un sentimiento mutuo— un éxtasis intenso y puro, eternamente unificador porque de sus labios brotaban melodiosos versos, esos que algún día pudieron nacer del alma única nuestra porque ella había inspirado todo lo que era mi vida y sé que yo también había marcado la suya. Porque este era el amor de nuestras vidas. Le señalé ese árbol mágico que está en el extremo del jardín y le dije que allí anidaba nuestro corazón, ese corazón que tenía una mitad suya y otra mía fusionadas, le dije que por eso, a partir de esa noche ese árbol de leyenda, bajo el hechizo mágico de nuestro amor, iba a estar encantado para siempre, así siga en pie o no, pues en algún lado del mundo hay otro árbol igual a este con el mismo conjuro mágico que esta noche nos unía por la eternidad. A pesar de todo lo que expresamos con palabras, con silencio, con sentimientos inefables, debía llegar la hora de la despedida y listos para afrontar el dolor de nuestra separación física, con Lucía nos abrazamos tan fuerte que no podíamos respirar, esta vez yo le dije a Lucía lo que no pude decirle en tantos años: *“Lucía, si algún día he de morir, en el momento mismo de la muerte sabré que fuiste la mujer de mi vida, que no solamente te tuve presente siempre sino que todas las noches*

estuviste en mis sueños y haré de revivir esta noche como una de las más trascendentales que jamás me tocó vivir. Lucía, nunca le temeré a la muerte porque sé que en el cielo nos hemos de encontrar, para vivir bajo el cuidado de nuestro árbol encantado". En ese preciso momento un dolor muy emotivo me invadió lo más profundo de mi ser y lloré, lloré por lo que no pudo ser, lloré por lo que pudo haber sido, le agarré las tersas manos a Lucía, mis dedos acariciando los suyos y cuando un par de lágrimas saladas rodaron por mis mejillas apreté fuerte sus manos, y luego de un rato me separé y le sequé las dulces lágrimas que de sus ojos brotaban. Se fue y todavía no regresa. A veces la vida es apasionante y efímera y gracias a Lucía sé porqué.

Debo confesar que mi iniciación en el sexo no fue buena, no porque la chica no haya sido bonita ni tampoco porque el lugar no haya sido bueno; todo lo contrario, ella era muy bonita y el lugar fue bueno. El problema fue que no solo debía pagar con mi inocencia y amor muy precozmente, sino también con dinero a cambio de una transacción secreta cual si comprara una droga ilegal. De todas maneras, suele ser, para los hombres, la forma más frecuente de experimentarlo por primera vez. Sin embargo, que no haya sido un debut bueno no me afectó negativamente, todo lo contrario, me enseñó que hay sentimientos más placenteros que el orgasmo. La vida es única y ya sé porqué.

Claro que hubo muchas otras mujeres en mi vida aparte de Lucía. La primera en serio fue Claudia, íbamos a la misma playa y físicamente se parecía mucho a Lucía, probablemente eso me atrajo tanto hacia ella. Era mayor que yo por un mes. A los quince años empezamos a salir con un grupo de amigos —de mis amigos, los más maduros y agrandados de mi promoción y de las tuyas sus mejores amigas — y me enamoré. Recuerdo, dentro de una de las fiestas que se organizaban en un colegio de curas, una canción de moda en ese entonces, "Mr. Jones" de Counting Crows. Ya pareja formal hacía pocos minutos con Claudia y agarrados de la mano miré desde arriba de la tribuna que allí había frente a la pista de baile a mi generación bailando y le pregunté qué sería de toda esa generación en los años por venir a lo que Claudia me respondió con frivolidad "ay, qué preguntas, no sé". Aún cada vez que escucho esa canción se me viene a la mente una fotografía nítida de aquel instante, aquella pista de baile, sus suaves manos y la pregunta que ahora podría contestar. De la gente que bailaba en esa pista, a muchos me los encuentro de vez en cuando en fiestas o reuniones, generalmente están muy bien; sin embargo, del grupo de amigos agrandados, muchos se dedicaron a las drogas y hacen lo que pueden de la vida por donde sea, mientras algunos pocos están viajando exitosamente por el mundo por sus estudios, su trabajo u otros pocos están en Lima como todos. Yo hacía todo lo posible por hacer a Claudia feliz y por que esté contenta junto conmigo, la visitaba siempre que podía, hablábamos bastante por teléfono, pero uno no puede negar la realidad, las chicas maduran más rápido que los chicos y por eso, se buscan chicos mayores que ellas. Cuando cumplimos tres meses, en la reunión de un amigo, estuvo rara, me trataba de mala gana. En un momento de intimidad se puso fría y me dijo que quería hablar: "*yo pensaba que te quería, pero eres muy inmaduro, además me gusta otro chico*". Toma. Fue algo muy duro pero la sentí tan implacable que me puse orgulloso y no le discutí, me resigné de mi suerte ante ella y callado y solitario, en una esquina de la reunión, preferí beber para olvidar lo que nunca he podido olvidar. Hace muy poco, seis años después de aquel infame rechazo he vuelto a encontrarme con Claudia, hemos hablado, y me he dado cuenta de que ahora yo soy más maduro que ella. En su honor le compuse una canción porque yo, además de otros instrumentos, toco guitarra. Tengo una linda guitarra que se llama Julieta. Yo quiero mucho a Julieta, me gusta acariciarle las curvas que tiene en su caja. Me encanta tocarla cuando estoy con ganas de hacerlo y ella

llora canciones de amor, ella gime de placer melodías hermosas cuando rasqueo sus cuerdas, mientras, yo la acompaño susurrando mi suave y ronca voz que se intensifica cuando Julieta llega al momento indicado. Julieta tiene un caparazón de lagarto que se llama *capitán Juancho*, que la cuida de cualquier mal del mundo exterior y solo sale de él cuando quiere hacer arte. Esta canción que compuse se llama «canción de desamor para Lucía» y está dedicada a Claudia, porque me daría vergüenza que alguien, o peor aún ella, escuchara bajo esa melodía y esas letras su nombre, es una canción triste pero linda. Le puse Lucía a la canción porque bueno, toda mi inspiración de amor va dedicada a Lucía; es más, cuando a mi Lucía le dedico una canción, un verso, un recuerdo, este sentimiento cruza el atlántico, llega hasta ella y nos conecta hacia el árbol mágico. A veces la vida es inspiración y contingencia y, por Julieta y Claudia sé por qué.

Después del desamor de Claudia no quise saber más de mujeres por algún tiempo, algunos años; fue una decepción que caló fuerte en mi vida, que me enseñó a no temerle al rechazo. Sin embargo, igual, muchísimas mujeres irían a cruzar después por mi vida; una de ellas se llamaba Melanie. La conocí una loca noche de un viernes de invierno por un amigo en una de las tantas reuniones que yo armaba por ese entonces aquí en mi casa, en este jardín. Ella era vecina de mí en este vecindario selecto, solo que su casa quedaba en los pies de la colina, más cerca del portón de seguridad de entrada. Eso fue hace ya mucho tiempo, en esas épocas no era yo, no, era un aventurero loco por vivir, impetuoso por experimentar y algo de eso le atrajo de mí a ella. Eran épocas en las que andaba con otros dos amigos de arriba abajo emborrachándonos con la gente, los amigos de ocasión que siempre uno se encuentra, haciéndonos los idiotas al propósito, probablemente porque es más gracioso así, quizá porque queríamos vivir más intensamente. Éramos tres mosqueteros, Rafo, Chalo y yo, cada uno más loco que el otro. A Melanie la sedujo con la ayuda de varios whiskies porque según mis amigos tenía cara de dobermann. Nada me detuvo porque sabía que ella era de aquellas que también le gusta vivir vehementemente la vida como si fuese el último día. En unas pocas horas de conocernos estábamos encandilados entre besos y caricias, miradas y sonrisas, palabras y sentimientos. No me importó cómo quedaría con mis antiguas amigas, que estaban presentes también; iba a entregarme esa noche a un nuevo amor, a ver qué pasa luego. Ese “luego” llegó y ella tomó nuestra relación en serio. Me invitó a almorzar a su casa al día siguiente, yo fui encantado, me caía muy bien. Me confesó que padecía de terribles depresiones porque su familia estaba desintegrada, su padre los había dejado por el amor de un hombre y no lo veía hacía varios meses porque según su madre, el maltrato psicológico era incluso peor que el maltrato físico. Como sea, su hermano y su madre estaban de viaje y ella estaba sola en la casa con sus empleadas. Almorzamos muy rico y después, bajo su iniciativa, nos entregamos en su cuarto y su cama a una inolvidable experiencia de pasión. Te juro que yo no quería, fue como si ella me obligó al empezarlo y todo lo demás. De todas maneras fue hermoso. El amor nadaba por el aire. Y allí estábamos; las cortinas de su terraza flameando inmaculadas por el viento, dejando entrever la claridad de una tarde extemporáneamente tibia y febril; su cuerpo desnudo junto al mío; las blancas sábanas escondiendo desde sus caderas de miel nuestras piernas enredadas; sus manos acariciando mis cabellos. Fue hermoso. Sin embargo, como les decía, ese yo no era yo, no, era uno de los tres mosqueteros, y como ellos siempre andan juntos, me llamaron, inoportunos, esa tranquila tarde de invierno, para cumplir con nuestros frecuentes pero impresionantes y heroicos encuentros. Cómo no le iba a preguntar a Melanie si me quería acompañar si me había obsequiado una hermosa tarde de amor y pasión e incluso ese “algo más”, tan íntimo y trascendental. Nos acompañó en nuestra odisea por la Lima nocturna y su siempre movido sub-mundo de subte y bohemia, pero tomando en cuenta su presencia les

pedí a mis amigos ir a un sitio elegante. En el café romántico que nos iluminaba, ella nos dijo que quería probar marihuana. Yo le advertí que el tema era algo delicado y que a mí no me gustaban las drogas pero ella me respondió que siempre fumaba con un grupo de borrachos, que conocía, amigos de su hermano. Cuando me empezó a acosar con las típicas preguntas de amantes furtivos: *que si estamos, que si me amas, que quiero pasar toda mi vida junto a ti, desde que te conocí supe que eras mi otra mitad*; entonces me acordé que Chalo conocía a alguien que podía conseguir. Yo no fumo esas cosas pero Melanie estaba empeñada en probar esa selecta variedad hidropónica criada en invernadero que le costó a ella muy caro. En mis recuerdos la vislumbro riéndose de cualquier idiotez, como toda una enferma, con estupor, secándose de pico una botella de ron barato cuando tenía junto a ella un whisky fino. Era desagradable ver a una mujer que decía amarme en esas condiciones, en especial si solo la conocía desde hace casi un día. Me quería ir de allí y no volver a verla más porque la sentía muy amarrada a mí y efectivamente me fui y le expresé mis sentimientos hacia con ella así, implacable, como Claudia a mí. Así de tajante, la rechacé sin más reparo y no la volví a ver. Algún tiempo después una amiga de ella me dijo que Melanie había muerto, que como padecía terribles depresiones y una actitud suicida de enfrentarlas ella se había suicidado por mi culpa, incluso me calificó de asesino porque yo —no lo podía creer— había sido su primera vez. Cuánto me arrepentí de ser ese “yo”, de ser un mosquetero más de la horrible Lima, que solo destaca cuando cuenta una de estas hazañas que siempre terminan mal. Qué tragedia la que me apenaba, que no me dejaba conciliar el sueño; en esas noches en vela le rogaba a dios que me perdonara tal pecado. Sin embargo, algún tiempo después alguien me contó la verdad, gracias a dios fue solo un susto, solo se intentó suicidar, estuvo en un hospital al borde de la muerte pero recuperó la conciencia. Muchos años después la vi y tácitamente me perdonó, felizmente; es más, hasta me empezó a acosar, me llamaba seguido y me pedía que la visitara. Sin embargo, tengo mucho miedo a equivocarme otra vez, equivocarme en entregar mi amor, por no saber entregarlo o no saber negarme a tiempo a entregarlo. Precisamente para aplacar este miedo es que le dediqué a Melanie una canción que se llama «Verónica decide morir»; canción triste; clásicamente sofisticada en lo musical, con un solo de bajo que yo creé porque también toco bajo; con un sentido poema; que trata la muerte de una manera menos trágica, más voluntaria, pero siempre solemne. Ella sabe que fue la fuente de mi inspiración. Doy gracias a dios que ahora tiene un buen enamorado que, vaya coincidencia, también se llama Gustavo. Sin embargo es, desde aquel día, como si algo en ella se hubiese muerto, como si yo fuera un cruel asesino capaz de matar a una pobre criatura por amor. A veces, en nuestra carrera por vivir más intensamente, nuestra vida empieza a coquetear inevitablemente con la muerte.

Hace poco, ya más maduro y estable, con objetivos claramente trazados en mi vida, un viejo amigo vino con su enamorada y una amiga muy especial a mi casa y adivinen adonde nos fuimos, claro, a este hermoso jardín. También había salido la luna rosa a iluminarnos la noche. Para una amiga especial una noche especial. Conversamos de todo, sobretodo temas sofisticados e inteligentes. Porque Deborah era inteligente; se podría decir, a sus escasos veinte años, erudita en todos y cada tema que tocáramos. Estudiaba filosofía en Inglaterra, en una de la mejores universidades de Europa. Era linda y pretendí pretenderla. El detalle está en que la seducción era mucho más inteligente que cualquier anterior, era como jugar una partida de ajedrez en la que, como felizmente estoy acostumbrado a perderlas siempre —solo cuando contra mujeres—, no me sentí intimidado de que esta vez las reglas fuesen mucho más sofisticadas. Hasta que le llegó la hora a Julieta de sacarse el caparazón de lagarto para ayudarme a expresar mis más

profundos sentimientos. Esa noche Julieta cantó junto a mí las canciones más bellas que había compuesto, las cantaba mirándole fijamente los ojos a Deborah, como dos enamorados y gracias a dios, le toqué el corazón. Nos dejaron solos, sin embargo, después de un largo rato de “gileos” poéticos, ella me expresó con explícita y triste resignación: *“en verdad me pareces un lindo chico, pero creo que no lo sabes, yo me fui a vivir a Londres porque mi familia no podía aceptar que fuera lesbiana, allí vivo con mi pareja sin prejuicios”*. No obstante, me obsequió unos cuantos besos. A pesar de todo, la recuerdo como es, una creación de dios hermosa y perfecta. Ella representa el ser que todas las noches mis sueños necesitan para alcanzar, las obras de mis sueños, la perfección eterna. La existencia no tiene un significado objetivo, sin embargo, para poder sobrevivir, necesitamos trazarle un significado propio a cada etapa de nuestras vidas, eso Deborah lo supo cuando descubrió su verdadera sexualidad. Sin embargo, la vida es absurdo y eso, junto a Deborah, bien lo aprendí.

Hace unos cuantos meses quise salir de la monotonía y contaminación de Lima y viajé por tercera vez hacia Máncora, solamente que esta vez solitario; tenía que reflexionar, debía repensarme totalmente, responder en ese momento qué es lo que esperaba de la vida, para luego poder avocarme a esa esperanza. Allí me alojé donde siempre, en el hotel de un viejo amigo, por precios simbólicos. Éramos yo, la naturaleza y la soledad; como cuando dios creó el mundo por vez primera; estaba en el paraíso; así me sentía yo. Estuve los dos primeros días tranquilo en una cabaña grande y confortable frente al mar, mirando las puestas de sol, bañándome en el mar, leyendo, comiendo rico, pensando y pensando más. Al tercer día busqué lo que siempre busco y nunca encuentro, a la perfección de mi vida, —oh Lucía, debe haber otra que te encarne; ella, la que piensas—, pero por lo menos encontré a otras perfecciones de dios: mujeres hermosas que en el pueblo de Máncora había varias. En este paraíso había muchas Evas. Me eché a tomar sol en la playa junto a una y le hablé de cualquier tema; la conocí; se llamaba Iris; era una rubia despampanante; tenía un cuerpazo dorado por el sol, con unas curvas típicas de modelos destacadas y hermosas; efectivamente era modelo, vivía en Argentina y también había ido sola; nos hicimos amigos; me confesó sus veintiocho años; se ponía el sol; vimos el crepúsculo conversando sobre unos amigos “fumones”, de los tantos que hay allí, que luego de comerse unos hongos alucinógenos veían las cosas más increíbles de ese espectáculo de la naturaleza; la invité a mi hotel que queda a pocos minutos del pueblo para tomarnos unos traguitos, conversar y ver luego qué pasa; yo me tomé un “dry martini” y un pisco, ella un “apple martini” y un “baileys”; conversamos lo que conversan un aventurero en el paraíso y una modelo que está acostumbrada a que halaguen su belleza, mientras me daba cuenta de que tenía unos ojos castaños verdosos de mirada profunda, unos labios rojos, carnosos e ideales para ser besados con pasión, mientras me daba cuenta de que a veces podía ser cierto ese estereotipo de que las modelos son frívolas; ese “a ver luego qué pasa” de pronto llegó, bajo la iniciativa de ella, y nos conocimos bien, me di cuenta de que esas caderas eran perfectas para ser acariciadas, de que una belleza de tal magnitud era demasiado difícil de disfrutar, que tan solo saciarla era imposible y sin embargo había que intentarlo porque físicamente era la modelo de mujer y que el intento me haría más hombre, porque junto a una mujer de esa magnitud uno es más hombre, porque el que te haya dado la oportunidad de penetrar a (tal misterio junto con) tamaña belleza, es ya de por sí una gran hazaña que a ella hay que agradecer como a ella le gusta que le agradezcan; ella sí que lo disfrutó, pues además me lo expresó: *wow Mauricio y vos sos bueno, me hacés sentir en el cielo, con vos de verdad que lo he disfrutado*; fue hermoso pero yo no sé si lo disfruté tanto; en verdad yo sí disfruté cuando ella disfrutó; yo estuve satisfecho de que esta experiencia fuera verdaderamente hermosa;

y allí estábamos besándonos desnudos, viendo la luna ponerse por la línea del horizonte del mar, era algo que nunca antes había visto y que muy pocos afortunados han visto en su vida, la puesta de luna es maravillosa, cuántos colores vienen a mí, algo que me tomaría demasiado trabajo explicar; salimos, a las tres de la mañana, a bañarnos desnudos en el mar, iluminados por la luna roja y nos besamos allí; regresamos y nos acostamos de nuevo, esta vez a soñar hasta mañana. Sin embargo, no podría seguir viéndola; porque me dijo que vivía en Argentina y tenía un novio de cincuenta años multimillonario, adicto al viagra; porque tenía que irse mañana a trabajar allí. Me despedí de Iris, no sin pena, aunque sabiendo que ambos en verdad disfrutamos de nuestro encuentro, de los dos haber existido, de los dos habernos amado. Iris es una diosa y puedo decir que le hice el amor a esa diosa y más increíble aún que, disfrutó de eso como nunca antes, disfrutó del amor de un mortal cualquiera como yo. Los siguientes días seguí buscando en el pueblo más chicas hasta que me tocó la hora de regresar a la realidad, a la triste realidad de Lima. A veces la vida te puede bajar el paraíso e incluso el cielo, tan solo hay que estar preparados para poder identificarlos, recibirlos o apreciarlos. La vida a veces puede ser paraíso y junto a mi diosa Iris la viví así.

También han pasado por mi vida otras mujeres pero no tan trascendentales ni interesantes como para comentárselas. Además, para serles sincero, yo siempre ando solo, nunca he durado mucho tiempo con una chica, es algo que me hace pensar que la vida es a veces demasiado monótona.

Finalmente, se está haciendo tarde amigos míos y mañana tengo que estudiar contabilidad y matemáticas. En realidad creo que ya se hizo tarde por pensar en chicas lindas y en “la que piensas”, por pensar en las “perfecciones de dios” que van y vienen por mi mente, las perfecciones rubias, las perfecciones altas, las flacas, ¡semejantes bellezas!; y eso porque soy un romántico empedernido, un amante platónico, un enamorado apasionado con corazón de poeta, con canciones hermosas, que demuestran mi sensibilidad y delicadeza. No, la verdad es que me ando enamorando de todas las chicas bonitas que conozco, en cualquier situación, sean como sean, tengan enamorados o no, conozca a los enamorados o no; me ando enamorando de las que me presentaron y de las que me presentarán; yo quisiera que me presenten más; yo soy un buen chico que quiere conocerlas y les desea lo mejor, que quiere conocer su linda vida y sus lindos ojos mirando los míos, esa sonrisa dulce. Quisiera decirles muchas cosas, decirles por ejemplo “*qué linda eres, qué ojos tan dulces los que me están mirando*” o después de hablar, preguntarles “*¿quieres ir mañana al cine o a tomar un café?*”. Aunque ya me he reformado porque algunos enamorados celosos me han querido romper la cara varias veces, porque noches como esta me he quedado solo y porque ya de una vez por todas debo sentar cabeza y buscarme una enamorada de verdad tranquila y responsable, preciosa —ella, la que piensas. Es tan solo que a veces, cuando las conozco y precisamente las invito a salir y todo eso, les intimidan mis ojos o mis palabras, quizá esa mirada sospechosa, quizá mi manera de ser tan abierta, directa o avasallantemente candente. Será que ¿no quieren ser mis cómplices? Cambiando de tema, no he mencionado a mi madre que fue la mujer que me trajo al mundo, a la que más le debo mi vida y que en realidad fue el amor que vino antes que Lucía. Sin embargo, antes de despedirme de ustedes quisiera rememorar por última vez a Lucía y decirles que yo amé intensamente a Lucía; la amé cuando estábamos siempre jugando juntos; la amé porque vive junto a mí dentro de mi corazón incluso cuando está en otro mundo; la amé porque fue la primera; la amé porque ella inspiró toda mi vida y estoy seguro de que yo la suya; la amé porque cuando pienso en ella se mezclan, entrelazados el antes, el ahora y el

después; la amé cuando se fue; la amo hoy y la amaré por siempre hasta en el momento mismo de la muerte. De cualquier manera; ya lo planeé todo; voy a viajar a Madrid y voy a pararme frente a su enamorado, el tal Gustavo; le voy a decir a él que le deseo lo mejor junto con Lucía pero después voy a disponer de su vida; sí, tal y como lo escuchan; lo voy a hacer desaparecer a ese Gustavo, pero a Lucía también; quién soy yo para disponer de la vida de tres criaturas, no lo sé; solo sé que los tres nos eternizaremos en este viaje; sí pues mis muy estimados, para qué cruzar el Atlántico, para qué irnos al más allá si yo cometo esta locura de esta manera: cuando tú escuchas las palabras que esta noche de melancolía te narro con pasión, yo con Lucía estamos eternizando nuestras vidas, sí, estamos matando la muerte mi estimado; yo no les cuento esto porque me dé la gana de hablar una triste noche de luna rosa en mi hermoso jardín, no, ni tampoco para que lo escuchen millones de personas porque no pretendo ser ningún literato, no, simplemente lo hago porque quisiera eternizarme para siempre junto con Lucía aunque sea un solo instante, ah mis queridos compañeros, este instante. Ya ven, esto último no era verdad: ustedes me conocen, yo jamás le haría daño a nadie y menos aún a Lucía, además con esto espero que ya nos hayamos eternizado de más. Estas palabras se hacen más tristes porque; como les decía; ahora tuve que rechazar a mis amigotes para estudiar algunas horas contabilidad para la universidad; y más tristes aún porque; recordé que esta casa enorme, en este exclusivo vecindario, está embargada; ay verdad; probablemente nos quiten a mi familia y a mí esta lujosa mansión porque mi papá tiene unas deudas multimillonarias por la empresa que poseía hace unos años y que ya quebró por culpa no solo de la negligencia de mi padre sino de un político en especial; uy es cierto; me podrían quitar este hermoso jardín y los recuerdos de Lucía y otros amores que este me trae, quitarnos el árbol mágico, la piscina, el piano de cola; pero qué más da, así es la vida, dura y ancha pero no ajena; es más, ahora que recuerdo, creo que ya nos quitaron la casa a toda mi familia y a mí (hace incluso varios años), el árbol, la piscina, los cuadros de pintores famosos de la sala, pero nunca nos quitarán lo vivido; a pesar de todo nunca me embargarán a Lucía y la hermosa tristeza que sus recuerdos me traen, los recuerdos de este jardín, de ayer, hoy y mañana; con los recuerdos de Lucía, a pesar de cualquier dura realidad, podré regresar a mi jardín y admirar su belleza —también admiro a “la que piensas”—, cuando yo así lo desee, igual que hoy. Todo gracias a Lucía, mi Lucía. Yo, dadas todas estas palabras, he aprendido que amo la vida porque la vida es sobretodo amor y como el amor es una locura, entonces la vida es una locura. Muy amigos míos, yo amo con locura. Siempre; la vida es amor, pero también locura.

LA GENERACIÓN PRIVILEGIADA





Mauricio
Del Camp Robinson

LA GENERACIÓN PRIVILEGIADA

«El pájaro rompe el cascarón. El huevo es el mundo
El que quiere nacer tiene que romper el mundo»
HERMANN HESSE (Demian)

Nadie me lo contó. Es muy difícil contar estas cosas. Nadie me lo contó, yo lo viví. Yo viví la juerga de todos los fines de semana de la gentita. Yo viví las fiestas de mi generación y su juventud en flor, todos siempre de entre diecisiete y veinticuatro años. Es un sentimiento inefable el vivir aquellos tonos con los amigos; durante un tiempo cada vez eran más frecuentes, sea fin de semana o no, ya sea uno de esos *all included* hasta las últimas como los de mi universidad para fines de exámenes o los de *halloween* o en Barranco o en Máncora o en alguna discoteca de Larcomar o en el verano en las playas de Asia. Es inexplicable el éxtasis de experimentar en el mejor momento de tu vida las fiestas, el baile y la celebración con tus amigos, todos chicos bien, mantenidos por sus padres mientras cursan sus estudios en las mejores universidades del Perú y además viven la vida, ya sea porque es más divertido así o por una formación más completa o por una mejor pareja que te acompañe en el futuro; algunos se abstienen a esta juerga porque son muy estudiosos o no tan sociables pero la mayoría sabe vivir la vida como se debe. No cabe duda de que esta es una generación privilegiada con juventud, riqueza, inteligencia y belleza. Tampoco cabe duda de que mi generación algún día dejará de ser la más privilegiada porque habrá que formar una familia y trabajar rutinariamente por esta. Es muy difícil narrar cómo vivimos yo y mi generación privilegiada esa vida. Con sus besos algo me dijo que esa alegría duraría para siempre pero es imposible, las cosas cambian y uno también.

Parece que las estuviera viendo. Es como si esos lindos ángeles estuvieran frente a mí en el tono del *CEUP* de la Universidad del Pacífico en la pista de baile danzando con un montón de chicos guapos, como flotando en el aire a movimientos de cadera con la música tonera. Son cientos de bellezas bamboleándose con el *beat* del bajo de esta música. “Que no me pierda en la noche”, “sí, eso es”. Parado junto al parlante estruendoso puedo divisar todas esas bellezas que están felices de la vida, con esas sonrisas de oreja a oreja, cantando al ritmo de esa canción, al frente de la cara de sus parejas de baile, labios pegados, cantando como diciendo te quiero, como diciendo nací para vivir este momento, te conquistaré. Mírala, es hermosa. Allí frente a mí está Valeria, el más grande arcángel bailando para mí como una patita o mejor como un cisne, o quizá como un pavo real al ritmo de la música ochentera, con ese *topcito* rosado rayado, junto con otra niña hermosa,

bien articulada también. Mira ese pelo rubio tan exquisito que se menea. Cómo quisiera comérmela, es todo un arcángel maravilloso.

Me doy un paseo por el tono de la Pacífico y encuentro a otra destacada belleza en esta fiesta, se llama Deborah, la miro a los ojos con romántica pasión, está conversando con otra niña linda. Deborah me mira a los ojos también, esos ojos azules son hermosos, me escrutan indiscretamente con esa cabellera larga y blonda. Cómo quisiera darle mi beso comprometido, pero es inútil, ella y sus ojos azules parecen inalcanzables, rechazan mis miradas indiscretas y mis comentarios educados y elogiadores. Y sin embargo, está allí alta y flaca como la musa de mi inspiración, como una musa hermosa, aunque inalcanzable.

Me doy otra vuelta y me encuentro con Ursula como la diosa que siempre fue, la diosa más encantadora de todas, con ese cerquillo largo y cruzado que le tapa media frente. Es una diosa preciosa que, aunque caminando de la mano de Alonso, es la inspiración de estos versos a los que me remito. Le doy un beso y le digo “qué gusto verte”; entonces ella, “hola, dame ese vaso tuyo, estás muy ebrio”. Luego de botar mi vaso de whisky me dijo que había bebido demasiado, le agradecí por preocuparse por mí, pero igual después de un rato y perderla de vista me sirvo otro trago. Qué hermosa, cuánto daría por compartir sus virtudes y defectos junto conmigo. Ese bluejean pegadito por atrás con esa correita rosada. Cualquier cosa daría por un beso de ella, ¡por favor!

Las recuerdo, las evoco y parece que todavía estuvieran frente a mí, pareciera que me encuentro junto al parlante gravemente estridente y las mirará al frente suyo con tristeza por no tenerlas o por no ser yo quien baile con ellas, me parece que todavía se posan frente a mis ojos como coqueteándome. Son un montón de ángeles bailando en un cielo de nubes (quizás artificiales por el DJ), con chicos que deberían de ser guapos, ellas son como sirenas en el mar, que nadan como movidas por la corriente armónica de la música. Canta conmigo “¡Nada de esto fue un error! Nada, nada de esto, nada de esto fue un error”.

Si hubiese habido chicas feas allí yo no las vi porque esas no ocupan mi espacio visual, yo no las percibo así me acosen, así me ataquen a besos yo las rechazo descaradamente.

Empiezo a alucinar en medio del tono (quizá por los traguitos tan buenos que me tomé) y veo visiones célticas de mis ángeles, ellas empiezan a flotar con esas ropas sensuales, veo el arquetipo de mujer: los pies de Vanesa, las piernas de Rafaela, el trasero de Nikita, las caderas de Carolina, la cintura de Flavia, la delantera de Pamela, las manos de Patty, los ojos de Deborah, el cerquillo de Ursula, el pelo de Valeria, el encanto de Andrea, la inteligencia de Carmen, las locuras de Rosa y la sonrisa de la otra Andreita. Qué hermosa puede ser una mujer, qué criaturas de dios tan perfectas, todo en ellas es perfección. Pareciera como si yo también me elevara hacia el cielo para por fin encontrarme con Lucía, mi eterna compañera.

Un enorme dolor me invade el alma por no poder colmar mi necesidad de satisfacer mis ansias de poseer esa belleza, ¡no puede ser! Yo no quiero ser un fracasado en el amor aunque no sea el único. Qué me importa, propongo un brindis por Cucho, salud Alan, salud Luis.

Los hay ganadores y perdedores, aunque más perdedores que ganadores. Perdedores en el amor, en tema de mujeres, perdedores en el ámbito académico, perdedores en riqueza familiar o en apariencia física o perdedores socialmente. Sin embargo todos tenemos algo de ganadores y de perdedores.

Todos vamos a vacilarnos a los tonos de finales a celebrar si nos ha ido bien en los exámenes, a matar las penas si nos hemos ido a la trica en matemáticas o jalado algún curso. Recuerdo que hace algún tiempo, una de aquellas veces, saqué a bailar a una estudiosa con admirables notas, bailamos de lo lindo, me apretó fuerte y bailamos pegadito, juntando cachete con cachete y me agarró indefenso, me dio un placentero beso en la boca y nos besamos como enamorados; luego desapareció y cuando menos lo pensaba estaba agarrando y besándose con otro chico. Estudiosa era mi diosa, era linda pero demasiado libertina.

Otra vez en una fiesta en el Sargento Pimienta de Barranco estuve seduciendo a una flaquita linda que conocía de no sé dónde, luego se me tiró encima, nos besamos indecentemente y una vez que desapareció seguí tomando cerveza con mis amigos esperando a que se me apareciera de nuevo. Después de un momento allí tranquilo esperando se me acercó un grupo de hombres grandes y fuertes y me atacaron, me preguntaron porqué me le había acercado a su chica, que me querían romper la cara y me empujaron y me dijeron que qué te habrás creído, y yo discúlpame no sabía que tuviera enamorado, perdóname no quiero broncas, no me le vuelvo a acercar, que te lo juro, me puse tan sumiso como el que más y me dejaron tranquilo. Después vi bailando candentemente a esa jugadora con mi agresor. Esas mujeres son indomables.

Hubo otras generaciones privilegiadas similares antes de nosotros que probablemente vivieron lo mismo, como también habrá otras que nos desplazarán como la ley de la vida y vivirán igualmente lo mismo, pero jamás serán iguales. Esta mi generación está desencantada con la política, busca su propio interés personal y la decadencia de su país le tiene sin cuidado porque las generaciones anteriores hace ya varias décadas que no hicieron nada por el futuro de entonces, el que hoy nosotros representamos.

En esos tonos de fin de exámenes vi el sol del amanecer salir bailando junto con uno de mis ángeles cantándonos en la cara “quiero amanecer contigo, quiero ser más que un amigo, tan solo quiero ser tu eterno enamorado”, en la pista de baile junto con otras parejitas rezagadas. Porque llega un momento en que la gente se fue. Las chicas se van primero. Cuando dejé de bailar me di cuenta de que todas las chicas se habían ido y que ya todo había terminado, el ciclo había acabado diciéndome que no debería perder la esperanza de volverte a ver, que todavía podía vivir mi generación privilegiada para no arrepentirme de no haber vivido la vida cuando pude. Sin embargo, recordaré a esos ángeles con una lágrima en cada ojo porque esa belleza que aprecié y nunca tuve FUE hermosa.

Yo viví esta generación privilegiada para guardarla dentro de mi corazón, quisiera que este sentimiento agrisado dure para siempre aunque parezca inminente que deba despedirme de ella. Parece que la fiesta terminó y yo me quedé dormido. La fiesta terminó y yo no despedí de ella. Quiero ahora llorar por ellas, las que alguna vez tuve frente a mí y ahora me dejaron tan solo. Cómo quisiera que cualquiera de ellas me acompañe hoy.



Mauricio
Del Camp Robinson

EL TÍO GABRIEL



Mauricio
Del Camp Robinson



Mauricio
Del Camp Robinson

EL TÍO GABRIEL

Era muy inteligente. Aprendió a leer y hacer cálculos matemáticos muy precoz, fue un superdotado en el colegio. Siempre tuvo un coeficiente intelectual muy superior al promedio, algunos lo consideraban un genio. A los dieciséis ya estudiaba matemáticas puras en la UNI, era campeón maestro de ajedrez y concertista de piano clásico. Tenía un futuro prometedor. Gabriel Robinson, él era mi tío, el menor y único hermano de mi mamá. Sin embargo, una enfermedad le destruiría trágicamente su vida para siempre. Tema delicado del que a la abuela no le gusta hablar.

Sus amigos le decían Jack Nicholson porque era idéntico al artista de cine, especialmente en la película de Stanley Kubrick “el resplandor”, cuando este hacía de loco y ponía unos rostros muy desquiciantes, propios de una personalidad insana. El tío Gabriel vivió toda su juventud en Ica porque su papá tenía negocios allí pero se fue a casa de sus tíos en Lima a cursar sus estudios superiores. Nunca se casó y la única novia seria que tuvo está comprometida con otro señor y con hijos. Nunca conocí las razones por las que él terminó con esa chica bonita y de buena familia. Su mamá diría: tiene pájaros en la cabeza. A los veinte años dejó su carrera de matemático por razones que desconozco para dedicarse a la dirigencia del entonces clandestino partido comunista del Perú en plena época del gobierno militar de Velasco Alvarado y estuvo metido allí dos años para que luego lo expulsaran por razones que desconozco. Su mamá diría: siempre anda en las nubes, nunca está donde debiera. Luego, ya en el segundo gobierno democrático de Belaunde le pidió prestado miles de dólares a su padre para comprar y administrar una hacienda en Ica. Quería hacer empresa. Al comienzo le iba bien cosechando uvas y destilando pisco, sin embargo, armaba tremendas fiestas todos los fines de semana en esa hacienda que el dinero de la organización se le agotó en el gasto que representaban la enorme servidumbre que cuidaba la mansión y las instalaciones que lo hacían asemejarse más a un hotel que a una empresa agrícola; en las atenciones y los gustos para él y sus amigos; en los mozos que servían vinos, piscos, whiskies, coca cola para sus invitados; en los enormes banquetes para los comensales; en las mujeres que dormían allí con los agasajados; en las orgías que armaban. Nunca llegó a ser un hombre de hacienda o empresario eficiente, incluso práctico. La empresa se fue a la bancarrota por los tremendos gastos que él, su dueño, hacía y su padre puso fin a la empresa a la fuerza. Cogió algo del dinero que sobraba de la hacienda y decepcionado por su reciente fracaso, Gabriel hizo un largo viaje de medio año a Europa, conoció en viajes en tren casi toda Europa: España, Francia, el Reino Unido, Italia, Alemania, Suiza, Bélgica, los países Nórdicos y por supuesto los países comunistas, empezando por Rusia; se quedó en el Vaticano empapándose del conocimiento de teología y luego estuvo un tiempo en París

estudiando francés, conociendo gente y disfrutando del arte y la cultura; regresó un mes y se mandó mudar, esta vez a Nueva York, se quedó allí tres meses estudiando inglés, haciendo amigos y amigas, acudiendo a museos y conciertos, a bares y espectáculos hasta que se percató de que viviendo así el dinero se le agotaría rápido. Regresó a Lima y se mudó a un departamento que compró, ubicado en el malecón de Barranco con linda vista del mar. Vivió del dinero de su padre hasta que, cuando este muriera, le dejara una considerable herencia. Entonces, compró varios departamentos en Lima para vivir de las rentas que generaría el alquiler. En el departamento del malecón vivió innumerables orgías con sexo, alcohol, drogas, malas mujeres y juergas eternas. Luego, por sus bromas de mal gusto y desatinos se peleó con casi toda la familia. Pero el hombre estaba solo y era loco: esa tremenda vida era en realidad producto del peor de los males del alma, el cáncer de la mente, la esquizofrenia, una enfermedad incurable y degenerativa, enfermedad que suelen padecer con mucha frecuencia genios de la talla del premio Nobel, John Nash, popularizada por la película mente brillante con Russell Crowe.

Yo habría tenido catorce años, mi papá me había regalado por navidad un equipo de caza submarina: el arpón, el traje de neopreno, las pesas de plomo, las aletas largas. La máscara con mi medida de miopía ya la tenía. De niño siempre me asombró ver los buzos, en la Punta hermosa que veraneaba, zambullirse entre las olas y sacar peces grandes vivitos y coleando. En mis viajes al caribe también disfruté del “snorkeling” en los arrecifes de coral e incluso saqué un carné de buzo “scuba” certificado para poder bucear con tanque de aire comprimido. Mi tío Gabriel era muy aficionado e iba a bucear todos los fines de semana a su casa en Pucusana con su lancha. Un fin de semana de vacaciones de verano mi tío me invitó a un día de pesca submarina y yo muy entusiasmado me levanté temprano listo para irme en su camioneta a su casa de playa. Camino hacia la playa con música a todo volumen me hablaba de sus cosas: que el partido comunista y la izquierda unida son tal por cual, que Abimael, Montesinos y Fujimori tal por cual, que las mujeres no valen la pena, que la política es muy cochina pero alguien debería arreglarla, que dios es una estafa, que yo debería hacer viajes como los que él hizo y más opiniones algo desordenadas, incoherentes y fuera de orden cronológico sobre lo que se le cruzaba por la mente. Llegamos y su vigilante nos abrió las puertas, cuadramos el carro. Había una empleada que cuidaba la casa. Nos alistamos para la mañana de buceo con tanque, el marino cuadró la lancha y subimos todos los equipos. Fuimos hasta una isla algo lejos y nos sumergimos mi tío y yo con los tanques y el equipo a estudiar el fondo en donde íbamos a cazar al día siguiente, apreciamos el fondo donde había peñas, flora, muchos peces. Se detuvo un buen rato a contemplar una temible morena que asomaba por una cueva y pasamos unos cuarenta minutos a quince metros debajo de la superficie del mar. Luego hicimos una segunda inmersión en otro lugar para conocer su fondo. Regresamos a la casa a almorzar chita frita con un *sauvignon blanc* y hablamos. No le entendía muy bien porque hablaba demasiado rápido, en aquella ocasión, como siempre, estaba acelerado, y eso se reflejaba al articular las palabras, sin embargo, algo de lo que decía pude borrosamente captar. Me explicó que cuando estuvo buceando, mientras miraba a la morena le dijo algo, me preguntó si yo la había escuchado, que quizá yo no la había escuchado porque fue por telepatía, que la morena le dijo que en la noche se iba a encontrar con el embajador. Le dije que no le había entendido y me explicó que se iba a encontrar con el embajador en la tierra de un planeta muy similar a este con unos extraterrestres muy desagradables que él conocía porque los había visto, que el planeta quedaba en una galaxia a muchos años luz y que esperaba negociar con los extraterrestres para que le den la responsabilidad del planeta tierra. Mientras comíamos estaba inquietamente mirando a unos bañistas en la playa del frente y luego de un rato me dijo

que nos estaban espiando, yo le pregunté “qué” y me dijo que sí, eran del servicio de inteligencia de Montesinos y la CIA estadounidense conspirando conjuntamente, que en sus relojes había una radio con el que estaban en contacto con su central, que por eso se acercaban la muñeca a la cara constantemente y que habían puesto cámaras en toda la playa, en las tejas de la otra casa, en el carro cuadrado al frente, en la bicicleta del costado para vigilar cuándo iba a negociar con el otro planeta y que quizá lo quisieran asesinar porque era muy poderoso. Me percaté de que no era una broma e intenté ignorar los disparates que profería pero seguía con sus delirantes ideas: que Montesinos quería destruirlo por sus vínculos con el partido comunista y que no podía vivir tranquilo porque el servicio de inteligencia estaba vigilándolo constantemente incluso en su propia casa con micrófonos escondidos, cámaras diminutas, espías camuflados como personas cualesquiera enviados en todo momento y que debía actuar correctamente porque lo estaban mirando tanto los miles de espías del gobierno como los diplomáticos extraterrestres. Cuando terminamos con el postre me miró a los ojos bien abiertos (al estilo Salvador Dalí), con su mirada dislocada de ojos chuecos y con las cejas levantadas (al estilo Jack Nicholson en la película de Kubrick) y me explicó que tenía que decirme algo muy importante que debía escuchar con cuidado y recordar bien: “tu abuela es una religiosa de atar, a mí me quería meter en la cabeza todas sus cursilerías beáticas pero nadie puede ni debe amainar mis instintos rebeldes y revolucionarios y es por esa razón que yo he llegado donde estoy, inminentemente ungido por la gloria, a punto de convertirme en emperador de la luna de Júpiter, “Europa”, como el responsable de la diplomacia en la tierra y que por eso voy a hablar con uno de los dioses máximos, porque no hay un solo dios ni mucho menos relacionado con cristo y el papa, hay muchos dioses como pensaban los griegos y romanos, y a uno de ellos, Abraxas, quizá lo conoceré y seré su pie izquierdo, seré su príncipe de la paz. Probablemente seré nombrado mañana o pasado. Sin embargo, amasaré tanto poder que probablemente me querrán aniquilar tanto a mí como a toda la especie humana. Quizá pronto nos acerquemos al día del juicio final, siendo el acusado el principal acusador de sí mismo, ¿comprendes?, el Apocalipsis, el armagedón, o quizá la aniquilación o genocidio extraterrestre. Yo lo entendí cuando tuve al frente de mí a su alteza el papa Juan Pablo Segundo, él sintió mi presencia y por eso descubrí muchos secretos en el Vaticano, pero de eso no te puedo hablar por el bien de la humanidad, además quién sabe quién nos podría estar escuchando. En el Vaticano aprendí a hablar por telepatía como cuando compuse esa canción en piano, tú la has escuchado. Oye esa persona al otro lado de la playa nos está mirando raro, pareciera que nos ha escuchado, felizmente no te he revelado los secretos de la humanidad porque ¿sabes? yo los conozco casi todos. Pero como te decía, en caso me deporten al destierro y viva en un campo de refugiados junto con Hitler, Napoleón, Lenin, Stalin, profetas, samuráis, jueces, Abimael, todo tipo de diablos, de los comunistas los más asesinos, de los antisemitas algunos Nazis; ojalá no termine en el infierno o en el purgatorio, ni en un campo de refugiados feo, infestado de ratas, cucarachas y todo tipo de sabandijas que te chupan la sangre, es más ya conozco algunos de esos lugares; sino en un campo de refugiados paradisíaco para gente de mi importancia como una playa parecida a las de Cuba con muchas mujeres lindas que sirvan de esclavas, quizá en el yate de John F. Kennedy. Perdón que corte así esta conversación tan profunda pero ¿tienes calculadora? Quiero saber cuánto es mil trescientos sobre trece, es que en la mañana estuve estudiando la Biblia y encontré una relación muy importante en el salmo que puede ser reveladora”. Le respondí que no tenía ninguna. “Entonces discúlpame un rato, voy a buscar una” me respondió. Hablaba de rápido como una metralleta. Obviamente, dada la fama de loco que tenía mi tío, me di cuenta de que nada de lo que dijo era cierto sino que era una demostración de los delirios y alucinaciones que le jugaban su enfermedad. Tampoco le

iba a poner en cara que lo que pensaba no tenía sentido porque sabía que un loco no aceptará que está loco, para ellos todo lo que viven y piensan es real, les es imposible distinguir entre lo real y lo ficticio. Me dio mucha pena por él, porque vivir de esa manera debe ser muy difícil y porque por lo que sabía, su caso iba empeorando cada vez más. Por la tarde quiso quedarse tocando el piano de cola que había en la sala, tocaba muy bien, pero le gustaban sobretodo las canciones disonantes que abrían en el lugar un ambiente algo paranoico. Yo leía el periódico o miraba televisión. Luego, durante el crepúsculo, vi que mi tío cogía los binoculares e inmediatamente abría la Biblia, leía algo y regresaba a mirar por los binoculares. En la noche se puso a mirar el cielo con el telescopio y me pidió que me acueste a las nueve porque íbamos a pescar temprano al día siguiente. Cuando le pregunté qué iba a hacer él me dijo: “supongamos que si tengo trabajo que hacer, en ese caso quizá con ayuda del piano llamaré algunos espíritus para que me lleven con las sirenas”. Me retiré a descansar y se puso a tocar el piano intensamente, decidí espiarlo, mirarlo escondido, algo asustado por lo sicótico que podía estar ese hombre. Parecía golpeando con furia el piano a punto de las lágrimas. Cuando terminaba su canción bajaba la cabeza, miraba a un punto por arriba de sus pies y abría la boca con todas sus fuerzas o agarraba un palito parecido a una batuta de director de orquesta y lo agitaba para arriba y abajo intensamente y también abría la boca dando un suave grito agudo. Luego tocaba otra canción. Con miedo me dormí en mi habitación. A la una y media de la mañana escuché que el motor de la lancha se prendía en la marina, miré por la ventana y vi a Gabriel manejando la lancha a toda velocidad con los faros prendidos, vestido con su traje de buzo. Me asusté y fui a buscar a la empleada y el marino. Ellos me explicaron que se habían dado cuenta de que él hacía eso seguido y que nunca dormía. A las tres y media de la mañana lo escuché regresar y cuando me fijé por la ventana lo vi mojado, como si hubiera buceado. Bajó su equipo pero también un bombo andino con sus baquetas. Me acosté un rato hasta que me despertó un canto con el acompañamiento del bombo. Al mirar, veo que él estaba al centro de un ruedo de sangre, en lo que parecía una especie de ritual mágico, llamando a los espíritus con sus cánticos gregorianos y golpeando con buen ritmo el bombo y una morena viva (que al parecer había cazado en el mar esa noche) desangrando y retorciéndose al frente suyo, queriendo morder con su mandíbula lo que alcanzara, aunque fuese aire.

Al día siguiente salimos temprano a practicar nuestro deporte, la caza submarina. Estuvimos remojándonos cuatro horas, él me explicaba los trucos para ser un buen celador de presas y acecharlas con mi arpón al mimetizarme con el fondo subacuático. Yo saqué un par de piezas pequeñas: un trambollo y una pintadilla, que aunque no son lo suficientemente grandes como para comer, no estaba nada mal para un principiante. Él sacó un lenguado grande, dos chitas, dos pintadillas y un trambollo. Ya era domingo y debíamos regresar a casa. Me regaló la pesca para llevársela a mis papás. En la carretera con la música a todo volumen me dijo que el carro de atrás nos estaba siguiendo, aceleró más y a ciento ochenta por hora empezó a gritar “no me van a alcanzar, te maté maldita, estás muerta”. Una vez en mi casa, cuando se lo conté todo a mis papás yo pensé ingenuamente que no me creerían pero me di cuenta de que no se sorprendieron: lo conocían mejor que yo. Solo opinaron que sería un peligro arriesgar la vida con él, en un deporte de aventura como ese, en el fondo del mar.

Este hombre estaba solo en un mundo completamente extraño, que había fracasado en la vida precisamente por su enfermedad. A nadie le gustaba compartir tanta locura con él. Los años pasaron y su enfermedad cada vez se degeneraba más, las medicinas de última generación que le recetaba su eminente siquiatra no le funcionaban

tan bien como a otros pacientes. Amigos ya no tenía y se peleó con todos sus familiares incluidos mis hermanas y yo porque era propenso a hacer comentarios incómodos y bromas de mal gusto. Se dedicó a la marihuana y la cocaína por un año que según él fue el peor de todos, pero luego, cuando se dio cuenta de que lo malograba más de lo que ya estaba, dejó las drogas ilegales para siempre. Más enfermo lo hacía el hecho de que era consciente de que había fracasado en la vida aunque no lo hubiese querido, aunque hubiese tenido la oportunidad de llegar al éxito. Era la enfermedad la que le destruyó el futuro, poco a poco, reduciéndose él a nada más que un sujeto que mira con impotencia cómo sucedía su desgracia sin entenderlo todo completamente. El dinero se le iba acabando poco a poco, vendió todos sus bienes porque según él debía despojarse de todo porque el día del juicio final ya se estaba acercando. Para siquiera mejorar su calidad de vida se mudó con su mamá para que pudieran cuidarse ambos de los dos (en realidad más la mamá a él). Muy lejos queda hoy ese hombre que por lo menos se parecía al actor Jack Nicholson. Diez años después de mi primer encuentro con él ese día en su casa de Pucusana lo veo cada vez que voy a visitar a mi abuela a almorzar, como una sombra patética, feo, gordo, sucio, escandaloso e insano, hablando y bromeando temas incómodos y delicados. Ya nadie le quiere ni hablar. Incluso trae mal aspecto. Todos los días sale con una locura nueva que le cambiará la vida para siempre. Llama a todos sus parientes y amigos que con mucha pena lo rechazan para que no los siga fastidiando. El mes pasado hablaba de una mujer que fue enamorada de él que tiene dos hijas que según él son suyas también, pero él está seguro de que ella miente al decir que no, que el padre de sus hijas no es él sino otro que vive en Italia. Todo el día hablaba y repetía, acelerado, el mismo tema. Ayer fui a almorzar con mi abuela y nos salió con que estaba a punto de casarse, que estaba armando toda una fiesta enorme y estaba ultimando los detalles de su boda; ¿quién era la novia?, no nos quiso decir porque quería que fuese una sorpresa. Lo último que supe es que estaban pensando internarlo a la fuerza en alguna clínica psiquiátrica porque le hacía la vida imposible a la abuela gritando todo el día y fastidiando a todo el que conoce, a ver si luego de una temporada de internamiento sale algo más cuerdo de allí. Probablemente el tío Gabriel muera completamente solo en un mundo extraño porque él alguna vez lo explicó bien: “mi vida no vale nada, por lo tanto mi muerte tampoco”.

Sus andares de sonámbulo y su mirada fija y ausente a la calle, en la terraza de la casa de su madre donde pasa todo el día, no revelan las dramáticas experiencias que se desencadenan constantemente en su mente, persecuciones, todo tipo de delirios de la más compleja magnitud, poder, espías, muertes, muchísima imaginación. Sus paseos diarios no van más allá de la tienda de la esquina, sin embargo, en el interior de su mente viaja a los confines más remotos del globo y el espacio, junto con todo tipo de personas, por todo tipo de razones y allí vive mundos peores aunque para él también puedan ser mejores.



Mauricio
Del Camp Robinson

ELLA Y ÉI



Mauricio
Del Camp Robinson



Mauricio
Del Camp Robinson

ELLA Y ÉL

Ella se llamaba Lorena; él, Carlos. Ella era linda, de pelo castaño, de ojos verdes y grandes, alta y delicada; él, guapo, seguro de sí mismo y bien parado. Se conocieron en el verano del 2003 en alguna fiesta de año nuevo de las playas de Asia por unos amigos comunes, luego de los saludos calurosos y efusivos a la medianoche: a esa hora recién están comenzando. Desde el comienzo hubo mucha química, una primera vista bastó para atraerse mutuamente. Esa noche bailaron hasta el amanecer de manera elegante y articulada al comienzo, entre miradas cómplices, sonrisas comprometedoras y de forma desenfadada al final. Esos pasitos parecían haber sido practicados por ambos antes, pero eran espontáneos; esos pases o esas vueltecitas denotaban no solo el excelente nivel de los dos sino también mucha pasión y sensualidad. Hasta se habían olvidado de los amigos con los que fueron allá, pero sus amigos no de ellos pues parecían ser los que mejor bailaban en toda la pista de baile de ese tono por año nuevo, que en realidad era algo improvisado como todo el comercio y el espectáculo que por ese entonces se armaba, pululaba y crecía en Asia en el km. 97.5 de la panamericana sur, detrás de todas esas casas lujosas con carros caros aparcados y toda la crema y nata de la alta sociedad limeña viviendo la *dulce vida* como pocos pueden. Esos fines de semana eran divertidos y relajantes, aunque la atmósfera se viera cargada de cierta frivolidad de prestigios contruidos por dinero y apariencias; casi todos eran blancos y de buena familia, niños criados en los mejores colegios, niñas lindas en bikinis pequeñitos bronceando su piel y luciendo cuerpos hermosos, señores distinguidos y señoras moldeadas por hábiles bistrús; todos estaban a la moda, pobre del que no. En la pista de baile todos los chicos bailaban animosamente, bailando abrasados o besándose, pero ella y él parecían bailarines profesionales en la tarima. Esa música tonera parecía ser su gasolina, que les decía “que no me pierda en el aplauso indiferente...” o la otra “ay Carmelina, Carmelina de mi vida, no me hagas sufrir, ay Carmelina de mi vida, oh no”. Estaban absortos en un *flow* puro que unía sus almas. No importaba nada. En su concentración no parecían percibir todo el jolgorio que los rodeaba, no veían una tremenda pelea que estaba aconteciendo entre unos borrachos desconocidos cerca del bar donde más temprano él había estado bebiendo con sus amigos todo lo que hubiese querido, porque en estas fiestas todo el trago es gratis y nunca se acaba. No veían su alrededor, la alegría de todos al reencontrarse y disfrutar la juventud o quizá la pubertad; las bromas, la camaradería, el cariño, el amor; etapas hermosas y únicas de sus vidas que disfrutaban y padecían juntos. No vieron la hora hasta que el sol salió y los encontró retrasados de las órdenes de sus papás de no llegar tan, tan tarde. Las seis de la madrugada solo por tratarse de año nuevo

para ella que todavía era una niña, pero para los demás concurrentes era cosa de todos los fines de semana. Se despidieron con un agradecido beso.

En ese entonces ella tenía quince años; él, dieciséis. La playa donde él veraneaba quedaba a dos playas de la de ella. Los dos veraneaban casi todos los días de la semana. Se comenzaron a ver siempre y los fines de semana sus casas se llenaban de amigos. Se sentaban juntos debajo de la sombrilla y no hablaban, las palabras estaban demás, los sentimientos eran más intensos. Fue uno de aquellos fines de semana en la fiesta Juanito de atrás (o del boulevard de Asia del km. 97.5 como prefieran llamarle) cuando se besaron por primera vez, en la pista de baile, cuando una señal tácita entre ambos les indicó que debían hacerlo. Así, encandilados, agarrados de las manos, se sentaron en unas sillas del tono y se siguieron besando cada vez con más pasión. No había nadie alrededor más que ellos dos y una música tenue, delicada y sensual. Se miraban, excitados, entre besos y caricias, apachurrándose cada vez con más desenfado. Ellos estaban en el centro, en un altar iluminado, el resto estaba oscuro. Se agarraban y manoseaban cada vez con más libertinaje. Hasta que en un abrir y cerrar de ojos sus amigos les advirtieron de que ya era hora de irse y los bajaron de su nube. Hacia sus casas había un largo camino primero a pie y luego en bus, pero ellos nunca se separaban, caminaban agarrados de las manos y cada cierto rato se acariciaban y besaban. Ninguno de los dos había estado enamorado antes. Este era el amor de sus vidas. Era un sentimiento insuperable. Ese verano fue para ellos el mejor, estaban siempre juntos, dependían el uno del otro, estar juntos era el vicio más placentero que existía. El amor flotaba en el aire y los encerraba a los dos en una aureola dulce y rosa, eran cada uno su media naranja y eso era lo único importante.

Ella pasó al cuarto grado de un colegio de monjitas; él, al quinto año de un colegio religioso también. Las vacaciones de verano habían quedado atrás pero la llama de su amor ardía aún intensamente. Se llamaban todos los días o chateaban por Internet, hablaban sobre cualquier tontería que habían hecho ese día, cualquier cosa que les había pasado por más insignificante que esa fuera. Los fines de semana salían al cine o a divertirse con sus amigos. Siempre había reuniones de amigos, alguna fiesta ocasional o algún plan interesante para salir a juerguearse por la Lima nocturna. Ninguno de los dos podía esperar la hora en que termine el colegio para dialogar, no podían esperar al fin de semana para verse las caras y agarrarse. Cuando se veían olvidaban todos los problemas, juntos todo era perfecto, juntos ascendían a su nube y estaban rodeados de un aire mágico. En el colegio a ella le enseñaban que las niñas de su edad debían evitar a toda costa las relaciones sexuales porque llevaban a la promiscuidad y al embarazo, que los hombres son todos iguales y que ellas deben aprender a cuidar su cuerpo; les enseñaban que cuando sean mujeres adultas debían usar ciertos métodos anticonceptivos con sus novios para evitar salir embarazadas hasta que estén casadas y deseen criar hijos. Él, entre sus amigos hablaban de qué chicas se agarraron, que cuál es la más bonita, que si ya lo hiciste... Le advertían que estaba muy pisado (o controlado por su chica) pero él no se dejaba intimidar, les explicaba que, sí, estaba perdidamente enamorado, pero que él tomaba las riendas de la relación y por lo tanto no estaba pisado. Sus papás eran muy positivos con el hecho de que sus hijos estuviesen enamorados. A él no le ponían ninguna restricción, él siempre pasó los cursos con las justas, dedicando su mínimo esfuerzo y sus padres eran algo más liberales que los de ella, que eran más estrictos; siempre fueron estrictos con ella, la obligaban a cumplir con dedicación y esfuerzo sus deberes y le controlaban las horas a las que debía llegar cuando salía con él pero dado que ella seguía siendo igual de aplicada y sacando las mismas buenas notas en el colegio, dieron todo su consentimiento a la relación. Sin embargo hubo muchas fiestas a las que a ella no le dejaron ir porque

decían era muy chica para irse perdiendo así. Los meses pasaron volando y ellos nunca olvidaban la fecha de sus aniversarios, celebraban sin excepción cada mes con regalos y cartas de amor. Así hasta que llegaron las vacaciones de invierno. Ella a veces pensaba que su primera vez en el sexo quería que fuese con Carlos, que todo saliese perfecto, que fuese una experiencia hermosa; sabía que la pérdida de su virginidad sería inolvidable, que determinaría el resto de sus días; aunque no estuviese apurada, deseaba con profunda pasión el momento de la relación sexual, en las noches soñaba con ese momento y se imaginaba lo que él escondía tras la ropa. Un nublado día de julio él la había visitado a su casa, como era costumbre durante esas vacaciones y luego del almuerzo, su papá que era doctor salió al hospital y su mamá a hacer sus cosas, su hermano mayor había salido donde algunos amigos igual que su hermana menor, las empleadas estaban lejos en la lavandería o en la cocina y ellos estaban solos en la casa. Su mamá no dejaba que él suba al segundo piso donde estaban los dormitorios, se veían en la sala de entrada. Entonces allí, mientras se besaban locamente él se excedió con las manos, las puso en su pecho, luego de un rato le bajó el polo que le cubría el sostén y emprendió la tarea de quitarle la ropa disimuladamente. En ese momento ella lo detuvo y le explicó que ese no era el lugar, luego él: “vamos al cuarto entonces”, pero ella con gran nerviosismo le explicó que su mamá estaba a punto de llegar; se detuvieron y justo entonces llegó su mamá: los podría haber descubierto en pleno acto. Esa no fue la última vez en que estuvieron a punto de tener relaciones íntimas, sucedió lo mismo en otras de sus frecuentes visitas y hasta en la casa de un amigo de él cuando los dejaron solos en una habitación. Ella evitaba ir mucho a la casa de él precisamente porque quería evitar otra situación como esa.

Llegó el siguiente verano, él se graduó e ingresó a la universidad a estudiar derecho; ella lo admiraba como su hombre. En la ceremonia del colegio en el que él recibió la graduación, ella se limpió las lágrimas de amor que sintió rodar por su mejilla aunque estuviera junto a la hermana y los papás. Sus vidas cambiaban y ella no podía ocultar su sensibilidad hacia esos cambios. Bailaron a más no poder en sus fiestas de promoción y prepromoción. El año nuevo fue otro hechizo de ardiente amor. Como en el verano 2005 él estudiaba, solo podía ir a la playa los fines de semana; ella lo esperaba ansiosamente. Fue un soleado día domingo en la casa de playa de él cuando al fin sucedió lo que llevaban tanto esperando. Sus papás habían salido a la parrillada de sus amigos en la playa Santa María a cuarenta kilómetros al norte y no había amigos, según él ella podía estar segura de que no iba a haber nadie en toda la tarde. Se encerraron en su cuarto y allí fue su primera vez. Salió perfecto, fue tan hermoso como ella lo había soñado, sintieron un éxtasis profundo, unificador y puro. Ella no lo podía creer, se había sentido en el cielo. Su vida, pensaba, ahora tenía un sentido: vivir con él. Desde entonces aprovechaban cualquier oportunidad en la casa de playa de él los fines de semana para entregarse a una aventura indebida de amor. Cada vez se hacía más placentero el acto, lo experimentaban de distintas maneras. El tiempo pasó volando y él ya no se sentía tan atraído a ella como antes mientras ella continuaba hechizada de amor. Los fines de semana en la fiesta de Juanito ya no era lo mismo, ella estaba algo celosa porque a él le gustaba mucho conversar con otras chicas, pareciera que las estaba seduciendo. Una de aquellas veces se pelearon porque según ella y unas amigas se había estado “gileando” (seduciendo) a una fulana. Fue la primera vez que se pelearon. Ella lloró. Sus amigas la consolaron y le aconsejaron que él se merecía darle otra oportunidad. Para ella la reconciliación era acostarse con él en su cama y entregar su cuerpo; para él, un acto de placer. Sin embargo, él siguió seduciendo a otras mujeres cuando el papá de ella la castigó sin salir unos fines de semana por faltarle el respeto a su mamá. Un fin de semana él se besó con una fulana y ella se enteró pero sin ningún problema lo perdonó de nuevo. Pasó el verano y ya la hoguera de

su amor se había consumido, ya no era lo mismo de antes, los fines de semana ya no estaban tan unidos. Cuando se sentaban juntos en los tonos de Asia ya no se basaban, nunca se habían hablado mucho porque para ellos las palabras estaban de más, sin embargo, ahora ya no existía ese sentimiento intenso que los hacía sentirse en el cielo. Ahora ya no bailaban tanto como antes, se sentaban a las mesas cochinas de esos antros de Asia en sillas mojadas, quizá de la humedad del ambiente como quizá de la cerveza que se le chorreaba a la gente. Las amigas de ella estaban constantemente contando chismes entre ellas o dando vueltas; los de él, borrachos. Él andaba por su lado, ella por el suyo. Semana santa en abril fue más de lo mismo, cada uno fue por su lado, sin embargo, ambos disfrutaba aún de los encuentros en la cama de la habitación de él y ella se entregaba como nunca antes.

Ella continuó en el colegio; él, en la universidad. Se peleaban frecuentemente por las infidelidades de él, sus amigas siempre lo veían a él al lado de otras mujeres, a veces revolcándose con mujeres de todo tipo de calaña, pero igual se querían mucho. El tiempo pasó volando y en setiembre ella se dio cuenta de que hacía varios meses que no le venía la menstruación y lo peor aún le estaba creciendo la barriga. Estaba preocupada hacía bastante tiempo y se lo comentó a Carlos. Inmediatamente, él en su carro la llevó al doctor y efectivamente, estaba embarazada y lo más impresionante, de cinco meses. No sabía qué hacer. Lloró mucho, él la consoló y le dijo que la apoyaba a él y al hijo que vendría. Ella no les contó nada a sus padres ni pensaba contarles porque definitivamente se escandalizarían, la tratarían muy mal y no se lo perdonarían. Los dos conversaron muy seriamente y, dado que a los seis meses de embarazo es muy riesgoso abortar, decidieron que lo mejor era que ella dé a luz y luego pongan en adopción al niño. Cuánto Lorena lloró, cuánto sufrió. Pasaba las noches en vela pensando qué sería de su vida, la de Carlos y la del hijo ¿cómo iba a poder estudiar y criar a su hijo? ¿Cómo iba a entregar algo tan íntimo como un hijo a algún desconocido? ¿Qué pensarían sus padres, qué pensarían todos los que la conocían? La última vez que una alumna de su colegio salió embarazada la botaron a pesar de ser muy buena alumna. Ella debía camuflar su barriga sea como sea. Se quería morir, qué valía la vida si estaban arruinadas su carrera y su reputación. No podía dormir, en las noches escuchaba canciones como la de Alberto Plaza “amiga del dolor” o “cuando agosto era 21” de Fernando Ubierno que tratan sobre lo que a ella le tocaba vivir. Gracias a dios él le dio todo su apoyo siempre, le tocaba la barriga y sentía otro corazón latiendo allí dentro. La barriga no creció tanto como suele hacerlo y pudo disimularla a pesar de seis meses de más. Entonces, a su hermana menor le detectaron triquina y estaba muy enferma, toda su familia estaba muy consternada porque podía morir de esa enfermedad tan grave. Al parecer el pan con chicharrón que se comió en la chingana de Paulina en la carretera camino hacia la playa tenía los gusanos que se terminan comiendo su cerebro en la enfermedad triquina. Eso ayudó para desviar la atención a su embarazo que cada vez su barriga hacía más visible, aunque al parecer querer ocultar su embarazo hacía que su barriga no creciera tanto como suele hacerlo. Lloraba por la tragedia que le acontecía a su familia: su hermanita enferma grave y ella embarazada. Al noveno mes, en diciembre del 2005 las estrías le dejaban marca y ella se sentía muy mal, pero fue muy valiente y soportó con gallardía el rol que le tocó vivir. Ya había conversado con la maternidad pública para que la ayudaran a dar a luz y pongan en adopción al hijo porque así lo habían decidido ella y él.

Justo antes de la graduación dio a luz, ella lo había llamado a él y él acudió con su hermana al hospital público. Nadie sabía nada, ni los papás de ella ni las amigas ni los amigos ni nadie, solo lo sabían él, ella, la hermana de él y quizá los padres de él. Mientras

la hermana de ella seguía grave, dio a luz con mucho sufrimiento una linda hija sana y lo dejó con todo el dolor de su alma en la maternidad para que si no confirmara su voluntad de criarlo lo dieran en adopción. Regresó a su casa y, un día antes de su graduación les confesó a sus padres que ya eran abuelos. A los padres no les quedó más que darle todo su apoyo y, luego de recoger a la hija para otorgarles su hogar se sintieron más bien orgullosos. La tragedia se convirtió en una bendición de dios y esta bendición tomó el nombre de Karina Mía. Ella decidió para su hija el nombre Karina; él, Mía. Qué bonita era esa niña, imaginar que si la hubieran abortado le hubiesen cortado sus piernitas y sus bracitos en pedacitos, su espaldita por la mitad o quizá la hubiesen decapitado con las tijeras de esos asesinos abortadotes; o si la hubiesen puesto en adopción podría haber terminado en las manos de un cualquiera y no hubieran vuelto a verla después del sufrimiento que su nacimiento significó. Ella y su madre miraban a Karina y pensaban lo tierna que podía ser esa niña inocente de la que de ellas su futuro dependía. Era su pobre criatura que se merecía lo mejor y que era una esperanza de vida y amor. Carlos y Lorena debían educarla porque era una extensión de sus vidas. Podía ser exitosa o no como podía estar orgullosa de sus padres como no. Las amigas de ella recién se enteraron en la graduación, vieron la bebe y quedaron deslumbradas de lo perfecto que podían ser sus cuerpos para crear algo tan hermoso.

Ella se dedicó a criar y educar a Karina con todo el amor de su corazón, aunque no descartaba estudiar al mismo tiempo que su madre la ayudara con los quehaceres de una madre. Él le prometió fidelidad eterna. Quizá pronto se casarán, quizá cuando a él le falte poco para recibirse como abogado. Para la mayoría de personas ellos se arruinaron la vida, pero probablemente no sea así, en sus vidas una bendición de dios llegó para cambiárselas y traerles otra forma de felicidad. Lorena y Carlos vivirían orgullosos de Karina Mía. A pesar de que para algunos esa hija haya sido un error, Karina Mía crecería sana, fuerte, inteligente, privilegiada —económica y socialmente—, feliz, muy hermosa y orgullosa de su familia.

Del Camp Robinson



Mauricio
Del Campo Robinson

LA FAMILIA Y SUS HERMOSAS NAVIDADES





Mauricio
Del Camp Robinson

LA FAMILIA Y SUS HERMOSAS NAVIDADES

Esa familia que es lo más valioso que tienes en la vida, la noche del 24 de diciembre la ves como una copa plena. Al verte llegar los levanta la emoción y te saludan con una sonrisa fija a los ojos, un beso, un abrazo, una caricia. Luego vienen las palabras de afecto. Todos tus familiares te tratan con muchísimo cariño. Aquellos familiares los tuviste, tienes y tendrás para siempre. Ellos se preocuparán por tu bien pase lo que pase. Te querrán igual en el éxito y en el fracaso. Te acompañarán hasta en la muerte y los recuerdos de su calidez cuando sea te gratificarán. Hagas lo que hagas, aunque cometas errores en la vida o te portes mal con ellos, te comprenderán porque tú nunca serías capaz de traicionarlos. Sin embargo, cuando llegue el bien y la esperanza, todos disfrutarán con alegría. Pues jamás olvidarás la felicidad y la gloria de haber vivido unidos en las buenas y en las malas por un lazo eterno, un lazo siempre recíproco: su bien es el tuyo y tu bien es el suyo. Ustedes son tales para cuales por lo que llevan en la sangre, pero más en tus virtudes que en tus defectos. Uno para todos y todos para uno.

Al llegar el fin de año nos sobrecoge el espíritu navideño con los típicos adornos y las lucecitas por toda la casa y el árbol bien decorado en la sala. Los amigos más cercanos son casi como de la familia, antes de la navidad se les desea lo mejor con una llamada o quizás unos regalos.

La última vez, el inicio de la nochebuena la declaró tu papá con la explosión del corcho de la champaña, le siguió el brindis y luego la celebración. Todos están contentos. La navidad sucede una vez al año, hay que aprovecharla.

En navidad todos los familiares lejanos se reúnen para reencontrarse. Los que viven lejos de casa regresan al lugar donde nacieron. Se escuchan «tanto tiempo sin verte» por montones. Miras la prima que no ves hace años y te das con la sorpresa de que ha crecido y está guapísima. Miras los recuerdos de los días que con ella pasaste y estos te llenan de gratitud, casi tanto como su presencia, su presencia despampanante, el compartir un bonito momento y presentir el interés mutuo. Estás sentado junto a tu primo, compañero que aunque no sea de tu edad es amigo incondicional para bromear de esto o del otro, elogiarse, felicitarse, comentar algún éxito de quien sea, expresar alguna crítica o preocupación. Miras el primo mayor que luce más viejo, está calvo y canoso y no logra camuflar una enorme panza que parece un nudo de tripas en el estómago probablemente debido al licor pues de cara sigue flaco. Los años pasan sin darse uno cuenta. Te sorprende el pariente al que todos ven extravagante. El primo le hace una mentira piadosa a la prima, «qué bonito tatuaje»; la abuela le increpa al nieto, «con ese arete pareces marica»; el tío le comenta al sobrino, «con esa barba pareces treintón»; el tío se burla de su primo, «¿qué tinte de pelo usas que de pronto ya no tienes canas?». Sin embargo, no puedes evitar notar a los tíos abuelos, uno muy desmejorado, el otro fallecido. Miras a tu papá algo ebrio y a tu mamá feliz. Miras tu abuelo que es tan bueno. Qué cambiados aparecen todos. Como sea, ellos comparten contigo las alegrías y tristezas del año pasado y los planes y proyectos para el siguiente.

Luego de la reunión las familias dentro de la familia lo comentan todo: lo bien que la pasaron, lo linda que se veía la prima, lo exitoso que está el primo, lo descuidada que se veía una tía o lo joven que se veía otra luego de la cirugía plástica, lo divertido que estaba un tío, las noticias de otro que esta vez no regresó del extranjero, lo mal que la está pasando uno de ellos y lo bien que le va en los negocios y el elegante carro que se compró otro tío.

Qué dulce tradición. Los villancicos y el “ven a mi casa esta navidad”. Los fuegos artificiales de los niños. La cena, la misma de los años anteriores e igual de deliciosa. Una mamá llevó el puré de manzana, otras las ensaladas, el pavo, el choncho, el jamón glaseado o el arroz. El panetón y el chocolate caliente son un gusto aunque hagan sudar de calor a algunos u obligue a romper la dieta a otros.

Una vez llegada la medianoche viene el típico “FELIZ NAVIDAD” y su respectivo abrazo. Inmediatamente los niños entusiasmados reparten de debajo del árbol los grandes regalos envueltos en papeles coloridos que, aunque sean adefesios simbólicos o los cien dólares que al chico le caen formidables, se agradecen por el detalle, porque probablemente no hubiese sido necesario.

Pensarás con optimismo que si este año la muerte o la distancia nos separó de alguno de los nuestros no importa; si la familia se dividió la nochebuena en distintas casas y hay que repartirse con solo los más cercanos, tampoco importa; si esta vez somos pocas personas para la cena tampoco debería preocuparnos. Lo que importa es saber que absolutamente todos tus seres queridos, sin excepción, nos acompañarán esta noche entera dentro del corazón.

Desde que eras bebe, niño, cuando creías en Papa Noel y te dejaba regalos, los días de tu cumpleaños, cuando creciste, cuando vino la enamorada o el enamorado, en todas las etapas decisivas de tu vida, siempre estuvo tu familia. Probablemente serás como tu padre o tu madre, quizás hasta como tus abuelos porque has heredado infinitas cosas de tu ascendencia, desde la educación, personalidad, color de pelo hasta la cadena que te regalaron por tu primera comunión. Así es que bajo la tradición y costumbre en las que te formaste existe un sentimiento de necesidad de no quedarse solo y continuar el ciclo con una descendencia próspera.

Sin embargo, todo tiene su final y la despedida también. «Fue un gusto verte» le dijiste a tu familiar querido. Una vez terminada la navidad un sabor agridulce te mancha la boca porque algo tan especial había acabado. Un miedo triste te invade el alma y piensas: qué frágil es la vida, ojalá todo me salga bien. Al mismo tiempo un tierno dolor te empaña la vista y reconoces que en un momento de tu vida cometiste errores y sueñas en qué habría pasado si aquel momento decisivo hubieses hecho lo que no hiciste, ¿todo sería mucho mejor? O si te dieran otra oportunidad y pudieras regresar al tiempo. Un año es muy largo pero quisieras consolarte recordando lo hermosas que han sido todas las navidades, reconoces lo rica de nuestra tradición católica, te sientes más unido que nunca con tus hermanos, te das cuenta lo tanto que quieres a tu sangre y tu carne y finalmente te das cuenta de que eres feliz.



EL HOMBRE

Mauricio
Del Campo Robinson



Mauricio
Del Camp Robinson

EL HOMBRE

I

La primera vez que sentí miedo, un susto fuerte y justificado fue cuando tenía nueve años. Mis padres eran dueños de una fábrica de zapatillas en una zona lejana y peligrosa de la ciudad. Yo era un niño tierno, inocente y tímido y sin embargo mis papás a veces me veían audaz y aventado. De vez en cuando los acompañaba a la fábrica para estar con ellos mientras trabajaban y yo paseaba por el lugar.

II

Allí hacía travesuras y jugaba a las escondidas. Algunos trabajadores me acompañaban en mis experimentos en el laboratorio de la curtiembre y mi papá se enojaba con ellos no solo por perder el tiempo sino porque desperdiciábamos inútilmente los tintes y los probadores de ácido/alcalino y los tubos de ensayo, microscopios y todo eso. O me ayudaban a construir unos cajones enormes para parlantes gigantes que había comprado para conectar con mi regalo de santo, un amplificador de instrumentos musicales. Fue todo un éxito cuando enchufé el bajo electrónico al amplificador de 400w y el subwoofer rugió más fuerte y armónico que una moto Harley Davidson clásica de 1400cc de motor. El cajón que había construido con triplays, maderas, clavos, martillos y pintado yo solito, con el volumen al máximo, hacía el piso vibrar como en un terremoto. O luego conectaba mi órgano, el bajo, la guitarra electroacústica, el micrófono, mi saxo, o el instrumento que tuviera al alcance y hacía grabaciones y mezclaba pistas y hacía casi tanta bulla como las máquinas de la fábrica, o en el mejor de los casos hacía música. O sino, hacía juegos con cables, enchufes, pilas y lucecitas o; hacía conexiones clandestinas con focos, reflectores, timbres y campanas. Me regalaban teléfonos malogrados, máquinas de escribir malogradas, computadoras, calculadoras, todo lo que estuviera malogrado, para que los desarmara y conociera su interior y utilizaba esas piezas en su interior para más experimentos. Pues tenía varios libros de juegos y experimentos de electrónica para construir con pilas, luces, cables. Tenía libros de manualidades con papeles, cartón o madera. También tenía libros que te enseñaban cómo funcionaban las cosas, cómo era su interior y sus sistemas teóricos y funcionales, como por ejemplo, los teléfonos, las lectoras de discos compactos, calculadoras o las máquinas de escribir.

O sino, me encerraba en la oficina de un ejecutivo que nunca estaba allí, que siempre estaba en la calle. Era una oficina grandota en el segundo piso; que compartía la misma secretaria de mis papás; con un escritorio que veía larguísimo; con un sillón enorme; detrás, unas ventanas largas y altas con sus persianas que daban al hangar y la planta; frente al escritorio, varios sillones confortables de cuero con su mesita; con paredes enchapadas en madera y con cuadros que según mi papá eran feos; con una repisa

de libros viejos entre los cuales divisé a “El Principito”. Allí, en esos días interminables de vacaciones lo releí. Luego, me quedé a medio terminar “Mustafá, el hombre que calculaba” y “Platero y yo”. Pero yo quería leer los textos más complicados como “la casa de cartón” de Martín Adán o todo de Jorge Luis Borges, Vargas Llosa, Cortázar, Bryce, etc. También tenía los periódicos del día. Yo ya me sentía un empresario yuppie leyendo las páginas de negocios sentado en el sillón enorme en el escritorio larguísimo del despacho gigantesco que sentía mío. Le preguntaba a mi mamá lo que no entendía, que era casi todo, pero igual, siempre estaba apurada trabajando. La secretaria se ocupaba de mandar limpiar el desorden que había hecho para cuando llegara el ejecutivo, que era más bien mi cómplice, pues no le importaba que me sentara en su sillón y me decía que era un chico muy listo que algún día tendré una oficina como la de él. Pero lo que él no sabía es que esa oficina ya era mía. Extrañamente, la sala de directorio era una sala demasiado grande e intimidante para mí, no la sentía como mi lugar, no la sentía como mía, mientras la oficina de ese ejecutivo sí era mía. A veces mi papá me daba un fajo pesado de billetes para que contento los contara y manejara la plata.

Aunque mis papás eran los únicos socios y dueños de la empresa, tenían unos acreedores que aunque me hicieran cariño y eran muy elegantes con sus ternos perfectamente cortados a la medida, sus corbatas lindas y sus gemelos carísimos, yo los veía como malos. Ellos se sentaban en la mesa de la sala del directorio a hablar de números, con pizarras con cuadros estadísticos de los que no entendía nada y mi papá luego le decía a mi mamá que estaba demasiado endeudado, que estaba trabajando para que los bancos y acreedores se lo llevaran todo.

Yo cogía las páginas amarillas que por todos lados había y llamaba a las casas musicales en busca de algún nuevo y lindo instrumento que comprar y aprender. Me ponía a tocar el saxofón alto que me habían prestado en el colegio. Me sentaba junto al portero a tocar unas partituras nuevas que me habían traído, a pedido, de los EEUU. Al portero le gustaba escucharme tocar “the entertainer” de Scott Joplin. Pero a mí me gustaba pasear por el patiecito y rondar todos los rincones de la fábrica con mi saxo colgando del cuello y soplando mi amplio repertorio con canciones hermosas como por ejemplo “mis amigos, compañeros de mi vida”. El portero era el más chismoso de todos, se sabía la vida y miserias de todo el mundo, me contaba que tal persona le sacaba la vuelta a su mujer con la secretaria, que tal otro era un jugador de casino patológico y un montón de historias de adultos. Sin embargo, hubo una historia que me interesó más que las demás, me dijo que el portero que hacía guardia en la noche tenía que lidiar con las almas en pena que deambulaban por la fábrica. Me contó que había un fantasma que se ponía a trabajar a medianoche y se escuchaba sus pasos, empezaba a sonar estridentemente una máquina de escribir, el facsímil botaba hojas sin que nadie la accionara. Entonces se me ocurrió una gran idea, le dije a mi hermana Jimena, luego de contarle del fantasma que vio el guardián, para jugar Ouija a medianoche en la fábrica con nuestros amigos.

Pasé largas horas y días de vacaciones jugando y aprendiendo sin quererlo. Tres veces a la semana, el chofer me llevaba al club Regatas a encontrarme con mis amigos y veía a mi hermana con sus lindas amigas. Yo hacía vela (“optimist”), natación, tenis, corría olas en morey y en lo único que llegué a competir fue en ajedrez, y fui campeón. Mis amigos se burlaban del ajedrez, que según ellos, (muy bacanes y populares), era pasatiempo de lornas, pavos, que era aburrido, que eso solo lo hacían los estudiosos chancones que no tenían amigas y que se juntaban para ser el motivo de burla de la promoción. Pero yo quería ganarle a mi papá en ajedrez. Lo mismo pensaban de la banda del colegio en donde yo tocaba el saxo. Los fines de semana de invierno, como siempre, salía a divertirme con mis amigos por allí, con chicas al cine, a algún centro comercial o cómo no, a fiestas en casas de amigos, quizá por algún santo, con música y luces para

bailar con chicas. Los fines de semana de verano, íbamos a la casa de playa con otros amigos y amigas. En esa época estaban de moda los patines en línea y en menor medida, el “skateboard” o las bicicletas bmx para piruetas. Nos íbamos un grupo de amigos a los parques con rampas. Con mis patines de competencia me llegué a tirar de la poza, la rampa en “U”, chica y grande. Me encantaba hacer piruetas de distintos nombres, formas y modalidades o tirarme de esa rampa que daba a unos colchones de espuma, en donde caía de espaldas. Pero nunca me atreví a tirarme de la rampa “W” que era la más brava y me da pena pensar que nunca lo haré. Aunque siempre usara casco, rodilleras, coderas y muñequeras; siempre llegaba a mi casa lleno de heridas sangrantes, moretones en las piernas, las caderas, heridas por las marcas de las rodilleras y me echaba alcohol medicinal yo solo, para curarlas. Había varios de esos parques de diversiones con rampas para esos deportes de riesgo. En esos parques también me gastaba toda mi plata en los Karts y me encantaba meterme en contra y chocar frontalmente contra algún desprevenido pero con mis amigos siempre nos quejábamos de que esos Karts parecían carritos chocones, eran unas tortugas, lentísimas y el circuito era corto, que mucho mejor eran los chachicars de Santa Rosa, esos carritos sí eran de verdad e iban rápido, pero quedaba bastante lejos y los karts había que pedirlos prestados a tíos que temían por nuestra seguridad y que por tanto nunca nos querían acompañar, decían que éramos muy chicos. Lo mismo pasaba con las cuatrimotos de la playa y ni qué decir de los fierrazos de motocross, que ni siquiera lográbamos mantener en pie. En el caso de las motos motocross o enduro nuestros papás o los tíos, con las juntas nos dejaban subir en el mismo asiento, atrás de ellos; o sino, en los carros tubulares de carrera, ellos eran los únicos que los podían manejar. Nos decían que nos agarremos fuerte, no nos vayamos a caer y nos íbamos a arenear por la playa, por las dunas, a toda velocidad. Subíamos los cerros. Sin embargo, nosotros aprovechábamos el momento en que los papás se habían ido para coger las motos sin su permiso y aprendíamos a manejarlas cayéndonos y esperábamos que no se dieran cuenta cuando nos hacíamos tremendas heridas. Pero se daban cuenta y dejaban las motos guardadas bajo siete llaves. Decían que cuando seamos grandes. Nosotros admirábamos las motos, decíamos, “la de mi papá es más poderosa que la del tuyo”; “no, pero la tuya es más vieja, la mía está recién comprada este verano, además salta más porque es más ligera”. Lo mismo pasaba con los jetskis o motos de agua, los mayores decían que no sabíamos manejarlas, que era peligroso, siempre la misma cantaleta: cuando seamos grandes. Lo único que sí podíamos, era ir con un marino en la lancha, nosotros le exigíamos ir a toda velocidad para saltar con las olas golpeándonos contra el piso y salpicando bastante agua o pasar por un estrecho de corrientes y contra olas traicioneras. En la lancha, con el marino, nos acercábamos a las embarcaciones de los buzos, había veces en que entraban con tanque y no salían hasta luego de estar media hora sumergidos, pero otras veces se zambullían con su arpón en mano y unas aletas larguísimas y luego traían en sus manos un pez que habían sacado de las profundidades y le pedíamos al botero jugar con el pescado, algunos eran enormes; otros, chiquitos; el buzo le quitaba las escamas y lo destripaba. Sin embargo, aunque los grandes no nos prestaran sus “juguetes de grandes”, cada vez nos hacíamos mejores navegantes de vela, “optimist”, “sunfish” o “windsurfing”, y de vez en cuando nos subíamos a los veleros grandes y ayudábamos a jalar las cuerdas, las poleas, todos admirábamos al capitán que manejaba el timonel y dirigía a todos.

III

Pero estaba narrando de cuando tenía nueve años. Siempre fui precoz; en el nido, “el niño les salió superdotado”, les dijeron a mis papás; en el colegio, “su hijo es un geniecillo”. Estaban muy orgullosos; yo, rubio y de ojos azules. Siempre parecí mayor de lo que fui pues chicos tres años mayores que yo no podían resolver problemas matemáticos o articular oraciones que yo sí podía. Le tenía mucho cariño a mi hermana mayor Jimena, tan linda ella, pero a veces nos peleábamos por la atención de nuestros padres. Luego nació Rafaela y ella pasó a ser indefectiblemente su punto de atención. Queríamos mucho a nuestro perrito Shitzú “Sansy” aunque mi papá siempre se quejara de que ensuciara la casa.

Claro, como decían, para ir directo al grano, a los chicos de nuestra edad nos encantaban las películas de terror, aunque nos asustaran. Un sábado en la noche alquilé la película “el exorcista”, la casa estaba vacía y mi hermana y yo sabíamos que a veces penaban en nuestra casa, sonaban golpes en el techo, varias cosas que daban miedo pues vivíamos en una mansión oscura y grande de pinturas, esculturas y claroscuros algo tenebrosos además de jardines misteriosos en donde cantaba el viento. Jimena llegó y encontró todas las luces apagadas y la canción del exorcista a todo volumen en el cuarto de mis papás, me dijo que si estaba loco, que la iba a matar del susto, que cómo no me daba miedo, que no iba a poder dormir con pesadillas horribles. Tenía razón: no pude dormir durante toda esa semana en pesadillas horribles y fue desde entonces que empezaron a penar en mi casa aún más. Sin embargo, seguí viendo películas de terror en el cine y en mi casa vacía a oscuras y poco a poco fui venciendo ese miedo.

Como les decía, basta de tantos rodeos, ya habíamos quedado con unos amigos para ir a la fábrica a medianoche a jugar Ouija y eso hicimos. Estábamos muy asustados, éramos Jimena, sus dos amigas y yo. Fue una discusión compleja dónde hacer el Ouija. Todos querían que fuera en mi despacho porque lo encontraban más acogedor y menos fúnebre, yo quería que fuese en el segundo hangar que era más oscuro, sucio y tétrico, Jimena quería que fuera en el baño para que el espíritu se quedara allí, no anduviese rondando en nuestro despacho y no nos asustemos tanto como en el hangar. Pero como yo sabía que la que tomaba la última decisión era Jimena, la convencí de que fuera en el segundo hangar y hacia allá fuimos. Recuerdo lo asustados que estábamos, no sabíamos qué iría a suceder pero estábamos seguros de que íbamos a coger contacto con el fantasma. Pusimos el tablero en el piso sucio y empezaron ruidos de todo tipo con el viento, las aves, las máquinas, los grillos, las ratas, los gatos maullando, las cucarachas, las sombras. A cada sonido cualquiera, las chicas gritaban espantadas, decían que mejor nos regresáramos a la casa, que tenían miedo. Las chicas hicieron sus preguntas al fantasma, pero la copa de Ouija del punto inicial del tablero no se movía. Ellas estaban muy asustadas, a cada rato chillaban del susto y eran precisamente sus gritos lo que más asustaba, pero luego de media hora sin que nada pase yo me empezaba a impacientarse. Fue una larga espera. Yo pregunté: “Satanás, espíritu de los males, si ha ascendido de los infiernos ardientes, díganos si está aquí presente”. Y la copa se movió hacia el “SÍ”. Todas gritaron que nos fuéramos ya, que íbamos a morir por osar despertar de las catacumbas al diablo. Luego yo pregunté “¿por qué no está descansando en paz?” e inmediatamente mis dedos se empujaron como quien no quiere la cosa: “XQ BSCO VCTMAS”. Milagros dijo que si ya veíamos, Lucifer nos iba a matar por meternos en este juego diabólico, Jimena me dijo que era mejor dejar allí esto, que era peligroso, ella no quería ser una de sus víctimas, pero yo le respondía que no se preocupara, que yo las defendía pase lo que pase. Pero ella estaba segura de que nadie podría defendernos frente a Damián más que Dios y el Papa pues además la iglesia está totalmente en contra de esos juegos satánicos pues es un pecado capital. Las convencí de que esa sería la última pregunta, que fuéramos a ver

qué pasa. Esta vez Jimena formuló la pregunta: “pero quién es su víctima”. Y mi mano empujó los dedos que empuñaban la copa: “MLGROS”. Justo entonces una corriente de nervios pasó por la columna vertebral de mis chicas y salieron corriendo y gritando como locas una tras otra. Una se perdió, yo las buscaba por toda la fábrica. Jimena gritaba “¡Milagros, Milagros! ¿Dónde estás? ¿Estás bien? ¡Ven a la oficina de mi papá!” Ahora todas estaban juntas abrazándose y temblando del miedo pero ahora gritaban ¡Mauricio! ¿Dónde estás? ¿Estás bien? Y yo, que andaba con sonrisas y carcajadas de lo más burlonas porque sabía bien que había sido yo el que movió la copa adrede, para darle un poco más de acción al juego, subí a contarles que todo fue una mentira. Pero ellas no me creían, pensaban que decía eso para que no se asustaran. Ahora Milagros estaba llorando, decía que no quería morir, que quería ir donde su mamá. Cogió el teléfono y empezó a marcar el número de su mamá, yo la interrumpía mientras gritaba de pánico, le decía que no se preocupara, que no había espíritus porque por media hora la copa no se movió, que el guardián contaba leyendas falsas e increíbles pero falsas. Jime estaba tan preocupada que ella empezó a hacer cuestionarme el haber sido yo el que movió la copa. Entonces apareció una rata corriendo por debajo de la mesa de la cafetera, “¡Qué asco!” gritó Fátima (la otra amiga) y se paró encima de una silla, entonces todas gritaron como endemoniadas por el ruido. “¡Oh no, allí está Satanás que viene para matarnos, por pecadoras!”, dijo una. “No chicas, si no es más que una rata cochina” continuaba tranquilizándolas. “¿Escucharon esos pasos?, están tecleando a rabiar la máquina de escribir” gritó Fátima. Y yo, que no chicas, que era su imaginación. Entonces Milagros volvió a coger el teléfono, marcó y le gritaba a su mamá: “el demonio ha poseído a Mauricio y quiere matarnos”, entonces todas las chicas, inclusive mi propia hermana se me alejaron y hacían una cruz con los dos dedos índices de las manos. “Aléjate, tú eres Lucifer”. Entonces desaparecieron y yo estaba solo, sentado en el sillón de mi papá empezándome a creer, asustado, los cuentos de terror que imaginaban estas chicas. Dos minutos después el chofer me llamaba, yo le dije dónde estaba y él me preguntaba qué broma tan pesada era la que le había hecho a las chicas. Le expliqué todo. Pero en el carro, ellas no querían que me subiese, que yo las iba a matar a ellas y al chofer, que me vaya por otro medio. Yo, que por dios, no sean tontas, es tan solo un jueguito. Ellas, que estoy poseído por el demonio, soy el anticristo. Un tiempo después, ellas creían que ya el espíritu que me poseyó aquella vez dejó mi cuerpo y regresó mi alma original. Pero luego de años, nos reímos con esa anécdota.

IV

Pero no nos vayamos por las tangentes, ¿en qué me quedé? Ah, sí, continuó narrando de cuando tenía nueve años.

Me divertía bastante aprender jugando y la fábrica de mi papá era un mundo nuevo de juegos y nuevas experiencias.

Como sea, un día estaba cansado, ya eran las seis de la noche y preferí irme a mi casa a ver televisión con mis hermanas. El chofer estaba ocupado, entonces mi mamá le pidió que me acompañara a tomar un bus que él sabía que me dejaba en la esquina de mi casa. Fuimos al paradero y el chofer me señaló el bus que debía tomar, le hizo una seña al bus, paró y yo me subí. Efectivamente bajé en la esquina de mi casa. Unas semanas después, a las seis y media de la noche igual quería regresarme a casa y mi papá me preguntó si sabía qué bus debía tomar, porque el chofer estaba ocupado. Bueno, pensé, es un bussing grandecito, cuadrado y amarillo, sí sé cuál tomar. Fui al paradero, subí, pagué lo único de plata que me habían dado para mi pasaje y ya está. Pero el bus tomó otra ruta, ah bueno, pensé, será que querrán cortar camino.

Era un niño de nueve años que nunca antes había viajado en ningún tipo de transporte público solo, un niño al que habían cuidado con los lujos de la clase alta limeña, todo el día bajo la responsabilidad de algún mayor y la tutela de mis padres.

Entonces el bus se alejaba cada vez más y más y yo no sabía dónde estaba. Pasamos un puente del que debajo había una carretera muy parecida a la Panamericana Sur. No sentí tanto miedo, resignado a mi suerte. Además, yo siempre optimista, miraba un cartel, allí, en la ventana del bus, que dice Vía Expresa, que cuando llegue allí me bajo y sabré cómo llegar a mi casa. Pero cada vez se fue alejando más y más, empezaba a subir el cerro, subía y subía. Para entonces, ya nadie subía al bus, todos bajaban, uno tras otro mientras aparecían casitas cada vez más modestas. Parecía un pueblo joven porque las casitas ahora eran todas de esteras. Cuando vi que se bajó la última persona me dije que quizá ahora iba a regresar por la ruta circular que habrían de tomar estos buses, además allí dice vía expresa. Estaba en la más alta punta de todos los cerros y solo había una docena de chozas de esteras. Pero el bus entró a un depósito y se cuadró junto y delante de otros buses igualitos, grandes, amarillos, cuadrados. Yo me paré de mi asiento y le pregunté al piloto si no pasaba por la vía expresa, pero me miró extrañado, vio a un niño rubio, de ojos azules, con lentes, con ropa de niño rico y me respondió sin preocupación que la vía expresa ya la habíamos pasado, hijo. ¿Hijo? Cholo desgraciado.

Hice lo único que podía hacer, bajar caminando. No tenía ni un sol para tomar otro bus en caso de que lo encontrase ni algún taxi que mi papá pagaría porque me daba miedo, nunca había tomado uno solo. Debo confesar que entonces sí tuve miedo, un poquito, pero qué más daba no podía mearme los pantalones, llorar o tirarme a mirar la luna desde la punta del cerro ¿no? Debía actuar. Caminaba cuesta abajo, no sabía adónde iba, pero bajando el cerro llegaría a la civilización. Cada vez aparecían más chocitas de esteras hongueadas con cada vez más mamachas en la puerta. Hasta que llegué a una calle pavimentada con jovenzuelos sentados al frente de casas ahora por lo menos alguna de ladrillo y cemento sin pulir. Luego de una hora y media de caminata ya eran las once de la noche y aparecí en una avenida por donde por lo menos pasaban carros destartados, buses, micros o combis asesinas con cobradores gritando como locos y tubos de escape vomitando humo negro a la cara (los limeños estamos desgraciadamente ya habituados a esto en nuestra vida diaria, aunque los que viajan en el asiento de atrás de un Mercedes del año, con las ventanas polarizadas cerradas, aire acondicionado y música tranquila, para ellos la vida puede ser bastante diferente, claro está). Esta avenida estaba llena de gente a las once de la noche, había pirañitas inhalando bolsas de “terokal” que me miraban raro, más que como a un marciano, como una presa potencial para robar, asaltar o

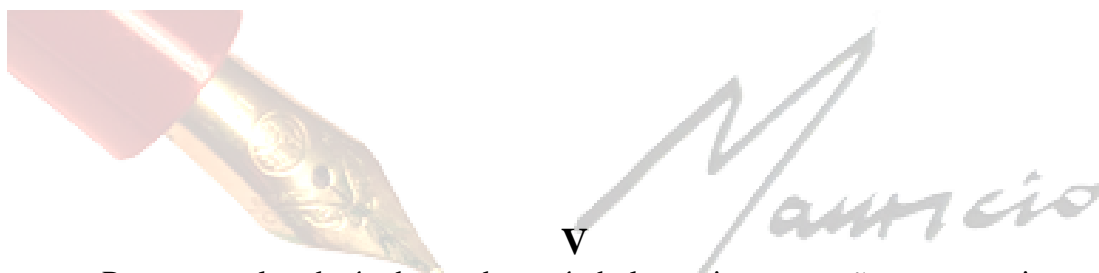
secuestrar. Entonces, ahora cómo diablos me iba a ubicar, bueno, ir cuesta abajo es lo más sensato pues ¿no? Se me aparecían por las calles gente que daba miedo, borrachos de lo peor, delincuentes agresivos, violadores y violadoras, qué sé yo. ¿Qué más da? Seguiré caminando, es lo único que me queda o cuando la situación lo ameritaba corría con todas mis fuerzas, felizmente tenía buen físico. Unas cholitas pechugonas frente a una casa de tablas de madera sentadas allí en la acera me miraban asombradas con sus polleras sin calzoncito ensangrentado junto a su huerta de rábanos y gallinas y una le decía a la otra, que pobrecito este niño, está perdido. Por allí una barra brava de malandrines coreando a su equipo de fútbol preferido, con todo tipo de armas, con botellas de saca ronchas y fumando algo que olía raro, me miraban y se burlaban: que si no somos nosotros, entonces la barra brava del equipo enemigo lo va a calatear a este gringo. Lo mejor que puedo hacer es correr. Me gritaban que adónde iba mi gringuito mariquita, culo bonito, que estaban yendo donde unas perras que a mí no me cobraban, que querían hacer una orgía con travestis como Paco Ferrer, que no me asustara porque la tienen larga. Corro con toda mi alma carajo. Así hasta que a la medianoche llegué a una carretera, entonces allí sí estaba solo, que no sabía si era mejor o peor. Todo oscuro porque estaba nublado y no había luna ¿Derecha o izquierda? Lo echaremos a la suerte. Y seguí caminando asustado. Los perros ladraban bravos, eran unos perros chuscos enormes que buscaban sangre, eran lobos los que aullaban. Mi corazón latía a mil por hora desde que me subí al bus hacía cuatro horas. De un lado de la carretera había un mercado oscuro; del otro, más chozas de esteras.

Ya eran más de las 00.30hrs del día siguiente cuando pasó extrañamente una combi asesina llena de pasajeros trasnochados frente a mí y se estrelló contra un árbol, la gente se bajó sangrando, con los huesos rotos y sabe dios qué otro traumatismo encéfalo craneano con complicación cervical. Debían llevarlos al hospital a todos pero allí no había nadie más que yo y unos perros y hienas bravos de zoológico que gracias a dios estaban bien enjaulados. Para mi sorpresa, a pesar de haber señoras mayores de edad tiradas en el piso desangrándose y rogando ayuda, el conductor y el cobrador, en vez de asistir a los heridos, miraban su automóvil totalmente arruinado y el cobrador le gritaba al conductor que mirara cómo había dejado su instrumento de trabajo, ahora un pedazo de chatarra inservible, que antes le había dicho que no tomara más, que con veinte cajones de cerveza iba a ser suficiente, que ¿para eso tomaba?, lo empujaba, que era un borracho; y el otro, que no, que el borracho era él y plín un golpe en la nuca. Las señoras rezaban unas plegarias al Señor o al santo del que eran devotas. Yo no me iba a detener allí, empecé a correr.

Seguí caminando hasta que empezó todo a tornarse más optimista. Parece que había tomado el camino correcto. Las casas de pronto sí parecían casas. Había algunas bodegas pero siempre cerradas. Al fondo vi un grifo, mi salvación. Mi instinto de supervivencia y sentido de ubicación me decía que debía preguntar por la Av. Benavides. Eran hombres decentes los del grifo, que quedaba a quince cuadras me dijeron pero que debía tomar la calle paralela, por aquel pasaje, pues al final de la carretera había un callejón lleno de hombres de mal vivir, drogadictos, asesinos y delincuentes. Preocupado por mí, el colega del grifero me dijo que tuviera cuidado porque había mucho “pastrulo”.

Llegué a la Benavides, crucé el puente y a las dos de la mañana toqué el timbre de mi casa y por fin, estaba a salvo. Mis papás no estaban y como en esas épocas nadie tenía celular me estaban buscando hasta en la morgue, pero sí estaba Jime que me preguntó dónde había estado y le conté la hazaña de esa noche. Luego agarré un mapa de la Lima Metropolitana y ubiqué los horribles lugares adonde había ido a parar. Había estado en la punta más alta de Villa María del Triunfo y al parecer había cogido la dirección correcta (doblé a la derecha) en la carretera “pista nueva”.

Cuando llegaron mis papás, ellos pensaban que había ido a emborracharme con nuestro chofer porque al parecer él también había desaparecido pues intentaron ubicarlo infructuosamente. Bueno, les dije a mis papás, son cosas que a todos les pasa en la vida, como coquetear con la muerte. Por lo menos había que agradecer que estaba sano y salvo. De cualquier manera, me sentía bien de haber pasado esta prueba de la vida y darme cuenta de la realidad que nos rodea, que somos muy afortunados con lo que tenemos y así sucesivamente.



Pero como les decía, basta de preámbulos, mis nueve años pasaron intensa y plenamente pero los que seguirían, serían aún más duros y fuertes, intensos y plenos, incluso, a veces, degenerados, como un niño de buena familia que de pronto descubre la vida y sus aspectos más extremos aunque no lo quisiera así, aunque él se rehúse a crecer y ver las partes oscuras de este mundo. Porque uno alguna vez sintió pudor por algunas cosas que luego le brindarían placer. Aunque no lo deseara, debía salir de mi burbuja de familia rica y acaudalada, debía conocer el mundo, aunque el precio sea pagar con mi inocencia.

Creo que con diez años, una vez fui a almorzar con mi papá y el chofer a un restaurante modesto por el barrio de la fábrica. Nos sentamos y mis dos comensales empezaron a hablar como dos hombres con calle vulgares hablan con lisuras de mujeres, de sexo, de drogas y se carcajean estridentemente de chistes rojos. Muy rara vez había escuchado a mi papá hablar así. Había una mesera que era un poquito mayor que yo. Mi papá le decía al chofer que esa jovencita debe de ser virgen, y el chofer que sí, que es la hija de la dueña de esa cantina, la mami, que en las noches administra una chingana a una cuadra donde van putas que buscan ser levantadas y llevadas por allí, a pasear, al hotel de en frente. Luego, ya con unas cervezas encima, el chofer le decía a mi papá que la jovencita me estaba mirando. Entonces, mi papá le dice que no hay problema y el chofer le hace señas para que venga, “hola niña, te presento al hijo de mi jefe, Mauricio”, ella “hola”, unas sonrisitas. El chofer me pregunta como para que escuche la chica, que si me parece guapa, yo me sonrojo. Luego mi papá me dice que no sea tímido, está bien, “ese es mi cachorro”.

Pero por el momento todo quedó allí y es entonces que mi papá se empezó a preocupar por mi virilidad; yo, escribiendo versos, recitando en el colegio poemas de Neruda, siempre al lado de mi mamá. Luego de las partidas de ajedrez, me hablaba con sus whiskies de más como un padre experimentado, como el profesor de un curso de post

grado en una prestigiosa universidad que era. Me decía que debía andar más con chicas, que él en su juventud tenía dos enamoradas, que el colegio al que iba había muchos maricas, que me agarrare a golpes con algunos compañeros y me suspendieran por eso no significaba que a mí me gustaran las mujeres. A mi papá le gustaba tomarse sus copas. Me decía que ese amigo que yo tenía, tenía mala fama. “¿Cómo que mala fama?” “Tú sabes, todos los chicos se burlan y joden a los amanerados”.

Unas semanas después, el chofer viene y me pregunta si me gustan las “costillas”. No le entiendo. “Qué, ¿no te gustan las mujeres?” “Claro que me gustan”. “Yo te puedo llevar con una muy linda cuando quieras”.



VI

Pero para no irme más por las ramas, continúo. El miedo que sentí cuando me perdí por tomar un bus equivocado, entonces no lo sentí como un miedo consciente porque a esa edad no entendía totalmente lo que vivía, siempre protegido, aunque tengo que confesar que sí me asusté. No obstante, fue más un post complejo por cuanto miraba luego esa experiencia en retrospectiva.

Mi padre siempre me había dicho que yo debía ser un empresario de mucho dinero, con sus empresas bien controladas y en efecto eso es lo que soñaba ser, un hombre de empresas imponente e inescrupuloso, un yuppie millonario con casas lujosas y lindos carros.

Pero a mi padre no le fue bien en sus negocios. Ese fue un hecho que me asustó aún más: cuando las empresas de mi padre quebraron. La apertura al mercado internacional que decretó Fujimori hizo colapsar la industria nacional de calzado por la desleal competencia internacional. Nos quedaba cierto capital de los pasivos que debíamos a otras empresas también por quebrar, pero con el tiempo eso se agotaría rápido y ellos nos enjuiciaron, la casa estaba con orden de embargo, venían abogados desgraciados. Lo podíamos perder todo, mis papás no tenían trabajo y no había ingresos fijos. En el colegio, dada nuestra situación, me becaron. Luego de unos años, mi abuelo y mi tío tuvieron que financiar nuevas aventuras empresariales de mi padre que durante algún tiempo tampoco llegaron a buen puerto. Estaba muy preocupado porque para mí, desde antes de eso, el dinero era algo muy importante.

Claro que los tiempos difíciles pasaron, luego regresaría la tranquilidad en mi familia y volvieron las épocas de bonanza con otra empresa con otro giro muy rentable y productivo, pero quedaron los recuerdos.

Y sin embargo, una infame noche en esas épocas difíciles, con toda esa incertidumbre, mi papá, previas cinco copas de más, se puso hablar. Qué vergüenza escuchar a mi padre hablarme de esos temas tabú, que ya me está creciendo barba, que los pendejos, que la masturbación, que él sabía. Y yo, no, que cómo se le ocurre. Que él no me conocía ningún amor. En realidad él no me conocía ningún amor por el simple hecho de que no se lo había contado y tampoco se lo iría a contar. Me dijo que allí está el chofer que conocía chicas malas, que cuando yo quisiera. Yo soñaba con esas chicas malas, igualitas a las actrices porno, qué vergüenza. Me dijo que cuando yo se lo pidiera.

En esos días andaba en conflictos con algunos profesores británicos de mi colegio. El siguiente año me irían a jalar y tendría que repetir por haberme rebelado ante el profesor más desgraciado y de malas prácticas, el muy homosexual, el coquero, que nos decía que hiciéramos cualquier cosa en la clase pero que no lo despertáramos mientras dormía con sus zapatos cochinos sobre el escritorio luego de todas esas malas noches en su pub, mientras sus alumnos se escupían y se pegaban. Ese profesor se había dispuesto no solo jalarme de año sino ser la burla de todos mis compañeros y volverme loco. Él fue el que luego me desterraría de aquel colegio.

Fue uno de esos días, en la casa de unos amigos estudiosos, donde se reunían todos los fines de semana montones de chicos y chicas y donde servían cerveza heladita o cualquier otro trago en grandes cantidades, que nos encontramos recostados en unos cojines de piel como dos emperadores romanos yo junto con un amigo, un socio, un compinche, mi incondicional. Allí planeamos vengarnos de un compañero enemigo, tarea complicada dado que este desadaptado ganaba todas las peleas callejeras. Logramos la hazaña de hacer que expulsen a nuestro enemigo del colegio. Luego de la prueba de fuego vendría el pacto de sangre, y ya lo teníamos todo calculado, se lo había pedido a mi padre y me había dado permiso para que el chofer nos llevase a la casa de putas, la de más alto vuelo, con distinguidas modelitos de pasarela. Nos pusieron veinte hermosas mujeres en bikini en fila, él escogió a dos y yo a otras dos. Qué sexo tan degenerado el que tuvimos seis en una cama enorme. Debe de haber salido carísima la gracia. Pero a aquellas cuatro hermosas chicas yo las había conocido esa misma noche, en cambio, yo al que quería de verdad era a mi incondicional. A pesar de todo, lo disfrutamos y regresamos una que otra vez. Fue tan hermosa nuestra primera vez. Aunque no fue exactamente mi primera vez, ustedes saben a qué me refiero, antes había tenido mi primera experiencia de amor con una chica de la que siempre estuve enamorado, en un bungalow, el amor de mi vida, Grimaleria, a la que más amé y aún hoy espero que regrese a mi lado para serle fiel a una sola mujer en este mundo y no andarme en aventuras amorosas irresponsables y sin sentido. Me extraña que mi padre no lo haya sabido.

VII

Entonces me hice hombre en un instante. Como mi vida siempre fue polémica desde que nací, yo debí narrar oralmente todas esas experiencias que hacían a la gente hablar de mí, todas esas hazañas (que no son pocas), como para dar mi propia versión de la leyenda que se tejía en torno a mi vida. Y fue años después, cuando ya era economista e intelectual, que lo escribí en novelas, cuentos, poesía, pinturas, música, etcétera, como una catarsis creadora de mi genio, mi figura. Incluso me volví un seductor empedernido, amante de las mujeres, con miles de historias de amor.

Para acabar, hablando del miedo, yo nunca sentí miedo pues en las historias que he narrado no sentí miedo, era emoción, adrenalina al cien por ciento. Hay algunos que aman esa emoción, que para otros es miedo. Así como a algunos les gusta saltar de puentes colgando de una cuerda, saltar de aviones en paracaídas, perder todo su dinero en una estúpida jugada en el casino; yo me inicié en las peleas a puño limpio a la salida del colegio, en las revueltas justas contra los maestros abusivos y debido a eso dando mis explicaciones al director, perdiéndome en pueblos jóvenes a los nueve años, llamando a los espíritus en pena que cohabitaban con nosotros a los seis años, recibiendo correazos de mi padre por portarme mal, cazando peces veinte metros debajo de la mar embravecida y fría sin más oxígeno que el que mis dos pulmones pueden aspirar de una sola bocanada así haya fumado antes, dando conciertos en un auditorio frente a setecientas personas yo solito con mi guitarra y una canción que yo mismo compuse, cometiendo un crimen en complicidad, metiéndome en políticas sectarias y espionaje, cuando unos sicarios me intentaron asesinar y luego me llamaba para mentarme la madre y decirme que me iban a torturar, yendo yo solito a todas las fiestas habidas y por haber sin saber qué me esperaba ni quiénes ni cuánto durarían ni qué tan excesivas serían y así sucesivamente.

Es ahora que recuerdo las palabras de mi incondicional susurradas al oído cuando me desterraron: “partirás al exilio pero no vencido, crecerás con esta experiencia y serás un gigante cuando logres corregir el pasado en un futuro, porque todos los líderes revolucionarios históricos llevan historias personales similares, «será mejor así»”.

Mauricio **d**el **C**ampo

7 de noviembre del 2008

Mauricio
del Campo Robinson